



AMOR

Latente

ROMANCE Y PASIÓN CON EL
JEFE DE POLICÍA

ISABEL CONDE



AMOR LATENTE

Romance y Pasión con el Jefe de Policía



Por Isabel Conde

© Isabel Conde 2018.

Todos los derechos reservados.

Publicado en España por Isabel Conde.

Primera Edición.

Dedicado a;

Laura, por haberme motivado a escribir.

Belén, por enseñarme lo que es amar.

[Haz click aquí](#)

para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis

Argentina, Buenos Aires, 2015.

Bárbara Jensen se despertó de mal humor.

Su vecino, la plaga del barrio, había llegado a su casa a las tres de la madrugada haciendo un ruido insoportable. Si su automóvil tenía un silenciador, hacía mucho tiempo que había dejado de funcionar.

Por desgracia, su dormitorio estaba situado justo al frente de la entrada del vecino; ni siquiera tapándose la cabeza con la almohada pudo amortiguar el ruido de aquel Volkswagen.

Cerró la puerta oxidada de golpe, encendió la luz del porche —la cual, por algún cruel y desconocido propósito, estaba colocada de forma que le daba a ella directamente en los ojos si se volteaba de frente a la ventana, tal como era el caso—, dejó que la puerta de rejilla golpeará tres veces al entrar, salió de nuevo unos minutos más tarde, luego volvió a entrar en la casa, y evidentemente se olvidó de la luz del porche, porque momentos después se apagó la luz de la cocina, pero aquella maldita lámpara del porche permaneció encendida.

Si antes de comprar aquella casa hubiera sabido que iba a tener aquel vecino, jamás de los jamases habría firmado los papeles que decían legalmente que estaba destinada a la desgracia junto aquel sujeto.

En las dos semanas que llevaba viviendo allí, aquel tipo había conseguido él solito estropearle toda la alegría que le había causado el hecho de comprarse su primera casa.

Era un borracho.

¿Pero por qué no podía ser un borracho feliz?, se preguntó con amargura. No, tenía que ser un borracho desagradable, de los que hacían que una tuviera miedo de dejar salir al gato cuando él estaba en casa.

Pantera no era gran cosa como gato —ni siquiera era de ella—, pero su madre le tenía mucho cariño, de modo que Bárbara no quería que le sucediera nada mientras estuviera temporalmente bajo su custodia. Jamás podría volver a mirar a su madre a la cara si sus padres regresaran de las vacaciones de sus sueños, un viaje de seis semanas por Europa, y se encontraran con que Pantera había muerto o desaparecido.

* * * *

Por suerte para ella, se marchaba a trabajar a la misma hora que él; por lo menos, en principio creyó que él se iba a trabajar. Ahora pensaba que probablemente iba a comprar más bebida. Si es que trabajaba, desde luego tenía un horario de lo más extraño, porque hasta el momento no había logrado percibir pauta alguna en sus entradas y salidas.

De todas formas había intentado mostrarse simpática el día en que él descubrió las huellas del gato en el parabrisas de la cafetera que tenía por coche; incluso le sonrió, pero el tipo no prestó la menor atención a aquel sonriente ofrecimiento de paz, sino que en cambio saltó furioso de su automóvil casi en el mismo momento de haber puesto las posaderas en el asiento.

— ¿Qué te parece si no dejas que tu gato se suba a mi coche?

A Bárbara se le congeló la sonrisa en la cara. Odiaba desperdiciar una sonrisa, sobre todo con un individuo sin afeitado, malhumorado y que tenía los ojos inyectados de sangre.

Le vinieron a la mente varios comentarios feroces, pero los reprimió. Al fin y al cabo, ella era nueva en el barrio y con aquel tipo ya había empezado con mal pie. Lo último que deseaba era declararle la guerra. Así que decidió probar una vez más con la diplomacia.

—Lo siento —dijo, manteniendo un tono tranquilo—. Procuraré vigilarlo. Estoy cuidándolo hasta que vuelvan mis padres, así que no va a estar aquí mucho tiempo. —Sólo otras cinco semanas.

El vecino contestó con un gruñido murmurando cosas, volvió a entrar en el coche cerrando de un portazo y se alejó haciendo rugir el potente motor con un ruido de mil demonios.

Bárbara ladeó la cabeza, escuchando. La carrocería del Volkswagen ofrecía un aspecto deplorable, pero el motor sonaba suave como la seda. Había muchos caballos debajo de aquel capó. Era evidente que la diplomacia no funcionaba con aquel tipo.

Pero allí estaba ahora, despertando a todo el vecindario a las tres de la madrugada con aquel maldito automóvil. La injusticia de ese hecho hizo que le entraran ganas de ir una noche hasta su casa y pulsar el botón del timbre hasta que él estuviera tan levantado y despierto como todos los demás.

Sólo que había un pequeño problema.

Le tenía un poco de miedo y eso no le gustaba. Bárbara no estaba acostumbrada a retroceder ante nadie, pero aquel individuo la ponía nerviosa. Ni siquiera sabía cómo se llamaba, porque las dos veces que se habían visto no fueron encuentros de los de “Hola, me llamo fulano de tal”.

Lo único que sabía era que era un personaje de aspecto desaliñado y que por lo visto no tenía un empleo fijo. En el mejor de los casos, era un borracho, y los borrachos pueden ser mezquinos y destructivos. En el peor, estaría metido en algo ilegal, lo cual agregaba a la lista el calificativo de peligroso.

Era un individuo grande y musculoso, con cabello oscuro y tan corto que casi parecía un militar. Cada vez que lo veía tenía el aspecto de no haberse afeitado en dos o tres días. Si a eso se le añadían los ojos inyectados en sangre y el mal genio, la palabra que le venía a la cabeza era *borracho*. El hecho de que fuera grande y musculoso no hacía sino incrementar su nerviosismo. Aquel barrio le parecía muy seguro, pero ella no se sentía segura teniendo a semejante tipo por vecino.

Gruñendo para sus adentros, saltó de la cama y bajó la persiana de la ventana. Con los años se acostumbró a no cerrar las persianas, ya que era posible que no se levantase con el ruido del despertador, pero sí con la luz del sol. El amanecer era mejor que un molesto sonido metálico para levantarse de la cama.

Como varias veces se había encontrado el despertador tirado en el suelo, supuso que la habría reanimado lo suficiente para atacarlo, pero no lo bastante para despertarla del todo. Ahora su sistema consistía en usar visillos y una persiana; los visillos impedían que se viera el interior del dormitorio a no ser que estuviera la luz encendida, y levantaba la persiana sólo después de haber apagado la luz para dormir.

Si hoy llegaba tarde a trabajar, sería por culpa del vecino, por obligarla a depender del despertador en vez del sol. De vuelta a la cama tropezó con

Pantera. El gato dio un salto con un maullido de sorpresa, y Bárbara estuvo a punto de sufrir un infarto.

— ¡Dios santo! Pantera, me has dado un susto de muerte.

No estaba acostumbrada a tener un animal doméstico en casa, y siempre se le olvidaba mirar dónde pisaba.

Siguió balbuceando cosas referente a su vecino insoportable y el bendito gato de sus padres.

Pensando que su vecino le impediría volver a dormirse, Bárbara cruzó las manos por detrás de la cabeza y contempló el oscuro techo mientras trataba de enumerar todas las cosas que quería hacer con la casa.

La cocina y el baño necesitaban modernizarse un poco, lo cual constituía una reforma muy cara que económicamente no estaba preparada para afrontar. Pero pintar la casa y poner persianas nuevas haría mucho por mejorar el interior, y además quería derribar la pared que separaba el salón y el comedor.

Despejar aquel espacio para que el comedor fuera más una continuación que una habitación independiente, con un arco que podría decorar con una de esas pinturas de falsa piedra para que pareciera de roca... Se despertó con el molesto sonido del despertador.

Por lo menos aquel maldito trasto la había despertado esta vez, pensó mientras rodaba hacia un costado para silenciar la alarma. Los números rojos que brillaban ante sus ojos en la penumbra de la habitación la hicieron parpadear y mirar una vez más.

—Mierda —gimió disgustada al tiempo que saltaba de la cama.

Las seis cincuenta y ocho; la alarma llevaba casi una hora sonando, lo cual quería decir que era tarde. Muy tarde.

—Maldita sea, maldita sea —recalcó, mientras se metía en la ducha y, un minuto después, volvía a salir.

Mientras se lavaba los dientes, corrió a la cocina y abrió una lata de comida para Pantera, que ya estaba sentado junto a su cuenco mirándola con el gesto torcido. Escupió en el fregadero y abrió el grifo para que el agua arrastrara la pasta de dientes.

—Precisamente hoy, ¿no podías haber saltado encima de la cama cuando te dio hambre? Pero no, hoy decides esperar, y ahora soy yo la que no tiene tiempo de comer nada.

Pantera dio a entender que no le preocupaba lo más mínimo que ella comiera o no, siempre que él tuviera su comida.

Entró de nuevo como una flecha en el cuarto de baño, se maquilló a toda prisa, se colocó un par de pendientes en las orejas, el reloj en la muñeca y a continuación cogió la ropa que se ponía siempre que llevaba prisa, y no tenía tiempo de preocuparse si se veía bien o no: pantalón negro y blusa blanca de seda, con una elegante chaqueta roja como complemento. Se puso los zapatos, agarró el bolso y salió por la puerta.

Lo primero que vio fue a la mujer de cabellos grises que vivía al otro lado de la calle sacando la basura. Era día de recogida de basuras.

—Diablos, mierda, maldita sea y todo lo demás —balbuceó Bárbara por lo bajo al tiempo que giraba en redondo y volvía a entrar en la casa—. Estoy intentando disminuir un poco el número de groserías que digo —le espetó a Pantera al tiempo que sacaba la bolsa de basura del cubo y ataba las cintas—, pero tú y Don Simpático me lo están poniendo difícil.

Pantera le dio la espalda. Bárbara salió de nuevo de la casa, entonces se acordó de que no había cerrado la puerta con llave y volvió sobre sus pasos. Arrastró el enorme cubo metálico de la basura hasta el bordillo y depositó en él la ofrenda de la mañana, encima de las otras dos bolsas que ya había adentro. Por una vez, no intentó no armar ruido; esperaba de verdad despertar a aquel desconsiderado tipo que vivía en la casa de al lado.

Regresó corriendo hasta el coche, un Mustang de color rojo cereza que le encantaba, y sólo como buena norma, al encender el motor, lo revolucionó unas cuantas veces antes de meter la marcha atrás. El automóvil se lanzó hacia atrás y con un poderoso entorchocar metálico colisionó con el cubo de la basura. Se produjo otro estruendo más cuando el recipiente se inclinó contra el cubo del vecino y lo tumbó. La tapa del mismo rodó calle abajo.

Bárbara cerró los ojos y golpeó la cabeza contra el volante... con suavidad; no deseaba un moratón. Aunque quizá debiera infligirse uno, al menos así no tendría que preocuparse por llegar al trabajo a la hora, lo cual ya era imposible físicamente. Pero no lanzó ningún juramento; las únicas palabras

que le vinieron a la mente eran palabras que en realidad no deseaba pronunciar.

Puso la palanca en la posición neutra y salió del coche. Lo que necesitaba en aquel momento era control, no una rabieta temperamental. Volvió a colocar en su sitio su maltrecho cubo y a introducir de nuevo las bolsas de basura, y después encajó de un golpe la tapa deformada.

Acto seguido, devolvió el cubo de su vecino a la posición vertical, recogió la basura — no estaba tan ordenada como la de ella, pero qué se puede esperar de un borracho— y luego se fue calle abajo a buscar la tapa. Ésta yacía ladeada contra el bordillo enfrente de la casa siguiente. Cuando se agachó para recogerla, oyó que alguien a su espalda cerraba de golpe una puerta de rejilla.

Bueno, su deseo se había hecho realidad: el tipo desconsiderado estaba despierto.

— ¿Qué diablos estás haciendo? —ladró desde el pórtico.

Tenía un aspecto que daba miedo, con aquellos pantalones de algodón y aquella camiseta sucia, además de la siniestra expresión que ofrecía su rostro sin afeitar.

Bárbara se volvió y se dirigió hacia el deteriorado par de cubos para poner la tapa al cubo del vecino.

—Recoger su basura —replicó.

Sus ojos despedían fuego. De hecho, estaban inyectados en sangre, como de costumbre, pero el efecto era el mismo.

— ¿Se puede saber por qué te empeñas en no dejarme dormir? Eres la mujer más ruidosa que he jamás he conocido...

La injusticia de aquello la hizo olvidar que le tenía un poquito de miedo.

Bárbara se acercó a él lentamente, contenta de llevar unos zapatos de cinco centímetros que la elevaban hasta ponerla a la altura de... su barbilla. Casi. ¿Y qué importaba que fuera un individuo grande? Ella estaba furiosa, y estar furiosa siempre ganaba a ser grande.

— ¿Que yo soy ruidosa? —dijo con los dientes apretados.

Costaba mucho subir el volumen con la mandíbula fuertemente cerrada,

pero lo intentó.

— ¿Que yo soy ruidosa? —Lo señaló con el dedo.

En realidad no quería tocarlo, porque llevaba la camiseta desgarrada y manchada de... algo.

—No fui yo la que anoche despertó a todo el vecindario a las tres de la madrugada con ese montón de chatarra que al que llamas coche. ¡Cómprate un silenciador, por el amor de Dios! No fui yo la que cerró de golpe la puerta del coche una vez, la puerta de rejilla tres veces... ¿Qué pasó? ¿Se le olvidó la botella y tuviste que volver a buscarla? Tampoco fui yo la que se dejó encendida la luz del porche que se ve desde mi dormitorio y no me dejó dormir.

Él abrió la boca para contestar a su vez, pero Bárbara no había terminado.

—Además, resulta muchísimo más razonable suponer que la gente esté durmiendo a las tres de la madrugada que a las dos de la tarde, o —consultó su reloj— a las siete y veintitrés de la mañana. —Dios, qué tarde era—. ¡De modo que váyase a la verga, amigo! Vuelva a su casa a buscar su botellita, si bebe lo suficiente, se dormirá y no se enterará de nada.

Él abrió la boca de nuevo.

Bárbara se olvidó de sí misma y llegó a tocarlo. Oh, qué asco. Ahora tendría que meter aquel dedo en agua hirviendo.

—Mañana le compraré un cubo de la basura nuevo, así que cierre el pico. Y si le hace algo al gato de mi madre, lo haré trocitos célula por célula. Le mutilaré el ADN para que no pueda reproducirse jamás, lo cual seguramente supondrá hacerle un favor al mundo. —Lo recorrió con una mirada fulminante que tomó nota de aquellas ropas sucias y la barbilla sin afeitar—. ¿Me ha entendido?

Él afirmó con la cabeza.

Bárbara respiró hondo buscando un modo de controlar su arrebato de mal genio.

—Muy bien. De acuerdo, entonces. Maldita sea, me ha hecho decir groserías, y eso que intentaba no hacerlo.

Él le dirigió una mirada extraña.

—Sí, desde luego que tiene que vigilar esa mierda de lenguaje.

Ella se apartó el pelo de la cara y trató de recordar si se había peinado o no.

—Llego tarde —dijo—. No he dormido nada, no he desayunado, ni siquiera he tomado un café. Más vale que me vaya antes de que le haga algo.

Él asintió.

—Ésa es una buena idea. No me gustaría nada tener que arrestarla.

Bárbara se lo quedó mirando, perpleja.

— ¿Cómo?

—Soy policía —repuso él, y acto seguido dio media vuelta y regresó al interior de la casa.

Bárbara observó cómo se iba, estupefacta. ¿Policía?

—Joder —dijo.

* * * *

Todos los viernes, Bárbara y tres amigas de Technology Articles, la empresa donde trabajaban, se reunían al salir en Tango's, un bar-restaurant de la zona, para tomar una copa de vino, cenar algo que no tuvieran que preparar ellas y hablar sobre cosas de chicas. Después de pasarse la semana trabajando en un ambiente dominado por hombres, necesitaban de verdad aquella conversación entre mujeres.

Articles era una empresa satélite que suministraba tecnología de ordenadores a las fábricas de General Motors que había en el área de Tandil, y los ordenadores eran todavía un terreno masculino en gran medida.

Además, la empresa era bastante grande, lo cual quería decir que el ambiente general era un poco raro, con aquella mezcla, en ocasiones incómoda, de locos de la informática que no sabían lo que significaba la frase “apropiado para la oficina” y los habituales y típicos directivos de empresa.

Si Bárbara trabajase en alguna de las oficinas de investigación y desarrollo

en compañía de esos locos, nadie se habría dado cuenta de que aquella mañana había llegado tarde a trabajar. Por desgracia, ella era la encargada del departamento de nóminas, y su inmediato superior era un auténtico obseso del reloj.

Como tenía que compensar el tiempo que había trabajado de menos aquella mañana, llegó casi con quince minutos de retraso a Tango's, pero sus amigas ya habían ocupado una mesa, gracias a Dios. El local se estaba llenando, tal como sucedía siempre las noches de los fines de semana, y a Bárbara no le gustaba esperar en la barra para obtener una mesa, ni siquiera cuando estaba de buen humor, lo cual no era ahora el caso.

— ¡Qué día! —dijo al tiempo que se dejaba caer en la cuarta silla, que estaba vacía.

Mientras daba gracias a Dios, añadió dar las gracias por ser viernes. Había sido un asco de día, pero era el último, por lo menos hasta el lunes siguiente.

—Dímelo a mí —murmuró Sophia mientras apagaba un cigarrillo y se apresuraba a encender otro—. Últimamente Stev está insoportable. ¿Es posible que los hombres sufran de síndrome premenstrual?

—Ellos no lo necesitan —dijo Bárbara, pensando en el tipo que tenía por vecino... un tipo policía—. Nacen envenenados por la testosterona.

—Oh, ¿es eso lo que les pasa? —Sophia puso los ojos en blanco—. Yo creía que era por la luna llena o algo así. Nunca se sabe. Hoy Víctor me ha tocado el culo.

— ¿Víctor? —repitieron las otras tres al unísono, atónitas, atrayendo la atención de todos los que las rodeaban.

Rompieron a reír, pues de todos los posibles acosadores, aquél era el menos probable. Derek Víctor, de veintitrés años, era la definición personificada de tipo insípido. Era un individuo alto y torpe, y se movía con la gracia de una cigüeña borracha. Tenía la nuez tan prominente en medio de aquel cuello flaco que daba la sensación de que se hubiera tragado un limón y se le hubiera quedado atascado para siempre en la garganta.

Su cabellera pelirroja no conocía el cepillo; en un lugar aparecía totalmente lacia y en otro le sobresalía en forma de pinchos: un caso terminal de aspecto de recién levantado de la cama. Pero era un genio absoluto con los

ordenadores, y de hecho les caía bien a todas ellas, de una forma protectora, como de hermano mayor. Era tímido, torpe y totalmente despistado para todo excepto los ordenadores.

En la oficina circulaba el rumor de que Víctor era asexual, pues nunca le habían siquiera visto una foto con alguna pareja, o escucharlo mencionar que salía con alguien. Era la última persona de la que alguien sospecharía que tocara el culo a nadie.

—No me lo creo —dijo Luna.

—Te lo estás inventando —acusó Paola.

Sophia rió con su ronca risa de fumadora y dio una larga calada al cigarrillo.

—Se los juro por Dios que es verdad. Lo único que hice fue cruzarme con él en el pasillo. Lo siguiente que recuerdo es que me agarró con las dos manos y se quedó allí sin más, sosteniéndome el trasero como si fuera una pelota de baloncesto y estuviera a punto de ponerse a hacer regates.

Aquella imagen mental las hizo reír a todas de nuevo.

— ¿Y qué hiciste? —preguntó Bárbara.

—Pues nada —admitió Sophia—. El problema es que Gabriel estaba mirando, el muy cabrón.

Todas gimieron.

A Gabriel Urea le gustaba mucho meterse con quienes él consideraba que eran sus subordinados, y el pobre Víctor era su blanco favorito.

— ¿Qué iba a hacer? —Preguntó Sophia, sacudiendo la cabeza en un gesto negativo—. De ningún modo iba yo a proporcionarle más munición a ese desgraciado para que la usara contra ese pobre.

De modo que le di a Víctor una palmadita en la mejilla y le dije algo en plan coqueto, algo así como: “No sabía que te gustara”. Víctor se puso más colorado que su propio pelo y se metió al servicio de caballeros.

— ¿Qué hizo Gabriel? —preguntó Luna. —Puso un gesto de sonrisa satisfecha en la cara y dijo que de haber sabido que yo estaba tan necesitada como para conformarme con Víctor, como acto de caridad hace ya mucho que me habría ofrecido sus servicios.

Aquello provocó una epidemia de ojos en blanco.

—Dicho de otro modo, estuvo tan cabrón como siempre —dijo Bárbara con asco.

Por un lado existía lo de ser políticamente correcto, y por el otro la realidad, y la realidad era que las personas eran personas. Algunos tipos con los que habían trabajado en Articles eran unos asquerosos libertinos, y aquello no iba a cambiar por mucho que se quisiera inculcarles sensibilidad. Sin embargo, la mayor parte de los hombres eran aceptables, y todo se compensaba porque algunas de las mujeres eran auténticas brujas, con escoba incluida.

Bárbara había dejado de buscar la perfección, en el trabajo y en todas partes.

Luna opinaba que era demasiado desconfiada, pero es que Luna era la más joven del grupo y su ingenuidad se mantenía prácticamente intacta. Aparentemente, las cuatro amigas no tenían más en común que el lugar donde trabajaban.

Sophia Villalobos, la jefa de contabilidad, tenía cuarenta y un años, la mayor de todas. Se había casado y divorciado tres veces, y desde la última visita que hizo a los tribunales, prefería relaciones menos formales. Llevaba el pelo teñido de rubio platino, su hábito de fumar estaba comenzando a cobrarse su precio en el cutis, y la ropa que vestía siempre le quedaba un poquito ajustada.

Le gustaba la cerveza, los hombres poco refinados y el sexo loco, y reconocía sentir afición por jugar a los bolos. “Soy el sueño de todo hombre”, decía ella riendo. “Tengo gustos baratos dentro de un presupuesto caro.” El novio actual de Sophia era un tipo llamado Stev, un patán grandote y musculoso que no les gustaba a ninguna de las otras tres.

En privado, Bárbara opinaba que tenía un nombre muy apropiado, porque era denso como un ladrillo. Era diez años más joven que Sophia, trabajaba sólo de vez en cuando y pasaba la mayor parte del tiempo bebiendo la cerveza de ella y viendo la televisión. Sin embargo, según Sophia, le gustaba el sexo exactamente igual que a ella, y eso era motivo suficiente para aguantarlo durante un tiempo.

Luna Mercury, la más joven, tenía veinticuatro años y era la «octava

maravilla» de la división de ventas. Era alta, esbelta y poseía la gracia y la dignidad de un gato. Su cutis perfecto era de un color caramelo pálido y cremoso, tenía una voz suave y lírica, y los hombres caían como moscas a sus pies. Era, en efecto, todo lo contrario de Sophia. Sophia era descarada; Luna era distante y refinada. La única vez que habían visto furiosa a Luna fue cuando alguien la llamó –afroamericana-.

—Soy americana —replicó ella, volviéndose de pronto hacia el autor del insulto—. Jamás he estado en África. Nací en California, mi padre era un alto oficial de la Marina y yo no soy de ninguna raza de nombre compuesto. Tengo herencia negra, pero también blanca. —Levantó un esbelto brazo y examinó el color del mismo—. A mí me parece que soy morena. Todos somos de un tono de moreno distinto, así que no intentes separarme.

El tipo farfulló una excusa y Luna, siendo Luna, le dedicó una gentil sonrisa y lo perdonó con tanta dulzura que él terminó pidiéndole una cita para salir. En la actualidad estaba saliendo con un defensa del equipo de fútbol de los Detroit Cats.

Paola Saunders trabajaba en recursos humanos, y era la más tradicional de las cuatro. Era de la edad de Bárbara, treinta años, y llevaba nueve años casada con su novio del instituto. Ambos vivían en una agradable casa de las afueras en compañía de dos gatos, un loro y un cocker.

La única mancha en medio de aquella felicidad era que Paola deseaba tener hijos y su marido no. Bárbara pensaba que Paola podría ser un poco más independiente. Aunque Ángel trabajaba como supervisor en la Chevrolet, en el turno de tres a once, y no estaba en casa, Paola siempre estaba consultando el reloj, como si tuviera que estar en casa a determinada hora.

Por lo que Bárbara pudo deducir, Ángel no aprobaba aquellas reuniones de los viernes por la noche. Lo único que hacían era juntarse en Tango's y cenar, y nunca se iban más tarde de las nueve; no era precisamente que fueran de bar en bar bebiendo sin parar hasta la madrugada. Bueno, no había nadie que tuviera una vida perfecta, pensó Bárbara.

Ella misma no tenía grandes cosas que contar en el apartado amoroso. Estuvo comprometida en tres ocasiones, pero todavía no había ido al altar. Después de la tercera ruptura, decidió darse un descanso en cuanto a lo de salir con hombres y concentrarse en su carrera.

Y allí estaba, siete años después, todavía concentrándose. Contaba con un buen historial de méritos, una cuenta bancaria saludable, y acababa de comprarse su primera casa propia, si bien no estaba disfrutando de ella tanto como había creído en un principio, con aquel cretino que tenía por vecino.

Puede que fuese policía, pero de todas formas la seguía poniendo nerviosa, porque, policía o no, tenía todo el aspecto de ser un tipo capaz de prender fuego a tu casa si lo pillabas con el pie torcido. Y ella lo había pillado con el pie torcido desde el día mismo en que se mudó a vivir allí.

—Esta mañana he tenido otro incidente con mi vecino —dijo Bárbara con un suspiro al tiempo que apoyaba los codos sobre la mesa y la barbilla entre los dedos entrelazados.

—¿Qué ha hecho esta vez? —Paola era comprensiva porque, como todas sabían, Bárbara estaba atrapada y los malos vecinos bien podían amargarle a uno la existencia. —Iba con prisa, y al dar marcha atrás choqué con el cubo de la basura. Ya saben lo que ocurre cuando uno va apurado, que siempre hace cosas que si fuera más despacio no haría jamás. Está mañana todo salió mal. Primero, mi cubo de la basura chocó contra el del vecino, y la tapa saltó y rodó calle abajo. Ya pueden imaginar el ruido que hizo. Él salió por la puerta principal como si fuera un oso, chillando que yo era la persona más ruidosa que había conocido en su vida.

—Deberías haberle lanzado el cubo de basura —dijo Sophia, que no creía en lo de ofrecer la otra mejilla.

—Me habría detenido por alterar el orden público —replicó Bárbara en tono dolido—. Es policía.

— ¡Qué dices! —Todas parecían incrédulas, pero es que la descripción que Bárbara les había hecho del individuo, ojos enrojecidos, barba desaliñada y ropa sucia, no sonaba muy propia de un policía.

—Supongo que los policías pueden ser tan borrachos como cualquiera —dijo Paola un tanto dubitativa—. Más que cualquiera, diría yo.

Bárbara frunció el entrecejo recordando el encuentro de aquella mañana.

—Ahora que lo pienso, no olía a nada. Tenía todo el aspecto de llevar tres días borracho, pero no olía a alcohol. Mierda, no quiero pensar que pueda tener ese mal humor cuando ni siquiera está con resaca.

—A pagar —dijo Sophia.

— ¡Maldita sea! —exclamó Bárbara exasperada consigo misma. Había hecho el trato con ellas de que pagaría a cada una cincuenta pesos cada vez que soltara una grosería, en la suposición de que eso le proporcionaría un incentivo para dejar de hablar mal.

—A pagar otra vez —rió Paola extendiendo la mano.

Gruñendo, pero teniendo cuidado de no maldecir, Bárbara extrajo cincuenta pesos para cada una de sus amigas. Últimamente se aseguraba de llevar abundante cambio encima.

—Por lo menos no es más que un vecino —dijo Luna en tono consolador—. Puedes evitarlo.

—Hasta el momento no se me está dando demasiado bien —reconoció Bárbara, mirando la mesa con el ceño fruncido.

Entonces se irguió, decidida a no seguir permitiendo que aquel tipo dominase su vida y sus pensamientos como los había dominado durante las dos últimas semanas—. Ya basta de hablar de él. ¿Tienen algo interesante que contar, chicas?

Luna se mordió el labio y una sombra de aflicción cruzó su semblante. — Anoche llamé a Erick, y contestó una mujer.

—Oh, mierda. —Sophia se inclinó por encima de la mesa para acariciarle la mano a Luna, y Bárbara experimentó un fugaz sentimiento de envidia por la libertad verbal de su amiga.

El camarero escogió aquel momento para distribuir unos menús que no necesitaban porque se sabían de memoria todo lo que había. Hicieron los correspondientes pedidos, él recogió los menús sin abrir, y cuando se alejó todas se acercaron más a la mesa.

— ¿Qué vas a hacer? —preguntó Bárbara.

Era una experta en romper relaciones, así como en ser abandonada. Su segundo prometido, el muy cabrón, había esperado hasta la noche anterior a la boda, la noche del ensayo, para decirle que no podía continuar adelante.

A Bárbara le costó cierto tiempo superar aquello..., y no estaba dispuesta a pagar dinero por groserías que había pensado pero no había llegado a

pronunciar en voz alta. De todos modos, ¿acaso la palabra “cabrón” era un grosería? ¿Existía alguna lista oficial que ella pudiera consultar?

Luna se encogió de hombros. Estaba a punto de echarse a llorar y procuraba parecer indiferente.

—No estamos prometidos, ni siquiera nos vemos de manera exclusiva. No tengo ningún derecho de quejarme.

—No, pero puedes protegerte y dejar de verlo —replicó Paola con suavidad—. ¿Merece la pena sufrir así por él?

Sophia lanzó un resoplido.

—Ningún hombre lo merece.

—Amén —dijo Bárbara, pensando todavía en sus tres compromisos rotos.

Luna pellizcó nerviosamente su servilleta con sus dedos largos y esbeltos.

—Pero cuando estamos juntos, él... actúa como si le importara de verdad. Es dulce y cariñoso, y muy considerado... —Todos lo son, hasta que consiguen lo que quieren. —Sophia apagó su tercer cigarrillo—. Hablo por experiencia personal, como puedes comprender. Diviértete con él, pero no esperes que cambie.

—Ésa es la verdad —dijo Paola con tristeza—. Nunca cambian. Es posible que finjan durante un tiempo, pero cuando calculan que ya te tienen enganchada y bien atada, se relajan.

Bárbara rió.

—Eso parece que lo hubiera dicho yo.

—Pero sin incluir palabrotas —señaló Sophia.

Paola hizo un gesto con la mano como para desechar aquellas bromas. Luna lucía una expresión aún más desgraciada que antes.

— ¿De modo que debería aguantar, o bien dejar de verlo?

—Pues... sí.

— ¡Pero no debería ser así! Si yo le importo, ¿cómo pueden interesarle todas esas otras mujeres?

—Oh, es fácil —repuso Bárbara—. La serpiente de un solo ojo carece de

gusto.

—Cariño —dijo Sophia dando a su voz de fumadora el tono más amable que pudo—, si estás buscando al hombre perfecto, vas a pasarte la vida entera desilusionada, porque no existe. Tienes que conseguir lo mejor que puedas, pero siempre habrá problemas. —Ya sé que no es perfecto, pero...

—Pero tú quieres que lo sea — terminó Paola.

Bárbara sacudió la cabeza en un gesto negativo.

—Eso no va a suceder —anunció—. El hombre perfecto es pura ciencia ficción. Claro que nosotras tampoco somos perfectas —añadió—, pero la mayoría de las mujeres por lo menos lo intentan. A mí simplemente no me han funcionado las relaciones. —Calló durante unos instantes y luego dijo en tono desconsolado—: Aunque no me importaría tener un esclavo sexual. Las otras tres estallaron en risas, incluso Luna.

—A mí tampoco me importaría —dijo Sophia—. ¿Dónde podría conseguir uno?

—Prueba en Esclavos Sexuales, S.A. —sugirió Paola, y todas volvieron a reír.

—Seguro que existe una página web —dijo Luna.

—Pues claro que existe. —Bárbara mostraba un semblante totalmente inexpresivo—. La tengo incluida en mi lista de Favoritos: www.esclavossexuales.com.

—No tiene más que indicar sus requisitos y podrá alquilar al hombre perfecto por horas o por días. —Paola agitó su vaso de cerveza dejándose llevar por el entusiasmo.

— ¿Un día? Seamos realistas. —Bárbara lanzó un silbido—. Una hora es pedir un milagro.

—Además, el hombre perfecto no existe, ¿no recuerdan? —dijo Sophia. —Uno de verdad, no; pero un esclavo sexual tendría que fingir ser exactamente lo que una desee, ¿no?

Sophia no iba a ninguna parte sin su maletín de cuero. Lo abrió y extrajo de él un cuaderno y un bolígrafo que dejó de golpe sobre la mesa.

—Con toda seguridad, sí. Veamos, ¿cómo sería el hombre perfecto?

—Tendría que lavar los platos la mitad de las veces sin que nadie le pidiera que lo hiciera —dijo Paola poniendo una mano encima de la mesa y atrayendo miradas de curiosidad.

Cuando todas lograron dejar de reír el tiempo suficiente para hablar con coherencia, Sophia se puso a garabatear en el cuaderno.

—Muy bien, número uno: lavar los platos.

—No, oye, lavar los platos no puede ser la primera condición —protestó Bárbara—. Antes que eso tenemos otras cosas más importantes.

—Ya —dijo Luna—. Hablando en serio, ¿cómo creemos que debería ser un hombre perfecto? Yo nunca lo he pensado de esa forma. Tal vez me resultara más fácil si tuviera claro lo que me gusta de un hombre.

Todas hicieron una pausa.

— ¿El hombre perfecto? ¿En serio? —Bárbara arrugó la nariz.

—En serio.

—Esto va a requerir pensar un poco —declaró Sophia.

—Para mí, no —dijo Paola al tiempo que la risa desapareció de su rostro—. Lo más importante es que quiera en la vida lo mismo que quieres tú.

Todas se sumieron en un pozo de silencio. La atención que habían suscitado sus risas en las mesas de alrededor se desplazó hacia otros blancos más prometedores.

—Que quiera en la vida lo mismo que tú —repitió Sophia al tiempo que lo escribía—. ¿Ésta es la primera condición? ¿Estamos todas de acuerdo?

—Esa condición es importante —dijo Bárbara—. Pero no estoy segura de que sea la primera. —Entonces, ¿cuál es la primera para ti?

—La fidelidad. —Pensó en su segundo prometido, el muy cabrón—. La vida es demasiado corta para malgastarla con una persona de la que no te puedes fiar. Una debería poder confiar en que el hombre al que ama no va a mentirle ni engañarla. Si se tiene eso como base, se puede trabajar en lo demás.

—Para mí, eso es lo primero —dijo Luna en voz baja.

Paola reflexionó un momento.

—De acuerdo —dijo por fin—. Si Ángel no fuera fiel, yo no querría tener un hijo con él.

—Yo lo suscribo —dijo Sophia—. No soporto a un tipo que juega doble play. Número uno: que sea fiel. Que no mienta ni engañe.

Todas asintieron.

— ¿Qué más? —Permaneció con el bolígrafo apoyado en el cuaderno.

—Ha de ser agradable —sugirió Paola.

— ¿Agradable? —dijo Sophia incrédula.

—Sí, agradable. ¿Quién desea pasar toda la vida con un tipo antipático?

— ¿O ser vecina suya? —Dijo Bárbara, y asintió para indicar que estaba de acuerdo—. Me parece bien. No suena muy emocionante, pero piensa en ello. Yo creo que el hombre perfecto debe ser amable con los niños y con los animales, ayudar a los ancianos a cruzar la calle, no insultarte cuando tu opinión sea diferente de la suya. Ser agradable es tan importante que bien podría ser la condición número uno.

Luna afirmó con la cabeza.

—Muy bien —dijo Sophia—. Demonios, hasta me convenciste. Yo creo que no he conocido nunca a un tipo agradable. Número dos: agradable. ¿Número tres?... Aquí tengo mi propia idea al respecto. Quiero un hombre que sea de fiar. Si dice que va a hacer algo, que lo haga. Si tiene que reunirse conmigo a las siete en un determinado lugar, ha de estar allí a las siete, no llegar tranquilamente a las nueve y media o incluso no presentarse. ¿Estamos todas de acuerdo en esto?

Las cuatro levantaron la mano en un voto afirmativo, y la condición “de fiar” pasó a ocupar la casilla número tres.

— ¿Número cuatro?

—Lo evidente —dijo Bárbara—. Un trabajo estable.

Sophia hizo una mueca de disgusto.

—Ay. Ésa ha tocado una tecla sensible. —En aquel momento Stev estaba sentado sin hacer nada, en lugar de trabajar.

—Un trabajo estable está incluido en lo de ser de fiar —señaló Paola—. Y

estoy de acuerdo, es importante. Mantener un empleo estable es señal de madurez y de sentido de la responsabilidad.

—Un trabajo estable —dijo Sophia al tiempo que escribía.

—Debe tener sentido del humor — dijo Luna.

— ¿Algo más que reírse con Cantinflas? —preguntó Bárbara. Todas estallaron en risitas.

— ¿Qué tienen que ver los hombres con eso? —Preguntó Paola poniendo los ojos en blanco—. ¡Y bromas respecto de funciones corporales! Pon eso en primer lugar, Sophia, ¡nada de bromas en el cuarto de baño!

—Número cinco: sentido del humor —rió Sophia, escribiendo—. Para ser honrada, no creo que podamos decir qué tipo de humor debe tener.

—Claro que podemos —corrigió Bárbara—. Va a ser nuestro esclavo sexual, ¿no te acuerdas?

—Número seis. —Sophia las llamó al orden dando unos golpecitos con el bolígrafo contra el borde de su vaso—. Volvamos al trabajo, señoras. ¿Cuál es la condición número seis? Todas se miraron entre sí y se alzaron de hombros.

—El dinero no está mal —sugirió por fin Paola—. No es una condición imprescindible en la vida real, pero esto es una fantasía, ¿no es así? El hombre perfecto debe tener dinero.

— ¿Tiene que ser asquerosamente rico o simplemente gozar de holgura económica? Aquello requirió pensar un poco más.

—A mí, particularmente, me gusta que sea asquerosamente rico —dijo Sophia. —Pero si fuera tan rico, querría ser él quien mandara en todo. Estaría acostumbrado a ello. Y eso no va a suceder de ninguna manera. De acuerdo, que tenga dinero está bien, pero no demasiado dinero. Holgado. El hombre perfecto debe tener holgura económica.

Cuatro manos se alzaron en el aire, y la palabra “dinero” quedó escrita en la casilla número seis.

—Como esto es una fantasía —dijo Bárbara—, debe ser guapo. No un Brad Pitt de caerse muerta, porque eso podría suponer un problema. Luna es la única de nosotras que es lo bastante guapa para mantener el tipo al lado de

un hombre atractivo.

—No se me está dando muy bien, creo yo —repuso Luna con una pizca de amargura—. Pero sí, para que el hombre perfecto sea perfecto de verdad, tiene que dar gusto mirarlo.

—Muy bien, pues la condición número siete es: que dé gusto mirarlo. — Cuando hubo terminado de escribir, Sophia levantó la vista sonriente—. Voy a ser yo la que diga lo que todas estamos pensando. Ha de ser estupendo en la cama. No basta con que sea bueno; tiene que ser estupendo. Ha de ser capaz de ponerme el vello de punta y volverme loca. Debe tener la resistencia de un purasangre de carreras y el entusiasmo de un muchacho de dieciséis años.

Todas reían a carcajadas cuando el camarero dejó los platos sobre la mesa.

— ¿Qué es lo que tiene tanta gracia? —quiso saber.

—No lo entenderías —consiguió decir Paola

—Ya entiendo —dijo con un gesto significativo—. Están hablando de hombres.

—Pues no, estamos hablando de ciencia ficción —replicó Bárbara, con lo cual provocó nuevas carcajadas.

La gente de las demás mesas volvió a mirarlas con curiosidad, intentando averiguar qué podía ser tan gracioso. El camarero se fue. Sophia se inclinó sobre la mesa.

—Y antes de que se me olvide, ¡quiero que mi hombre perfecto tenga unas medidas de veinticinco centímetros!

— ¡Dios santo! —Paola fingió desmayarse y se abanicó con la mano—. ¡Qué no podría hacer yo con veinticinco centímetros! O más bien, ¡lo que podría hacer yo con veinticinco centímetros!

Bárbara estaba riendo tan fuerte que tenía que apretarse los costados. Le costó mucho mantener bajo el tono de voz, y dijo entre risas:

— ¡Vamos! Cualquier cosa que esté por encima de los veinte centímetros es puramente de exhibición. Existe, pero no se puede usar. Es posible que esté bien para verlo en un vestuario, pero afrontémoslo: esos cinco centímetros de más son sobras.

— ¡Sobras! —Exclamó Luna apretándose el estómago y partiéndose de

risa—. ¡Dice que son sobras!

—Oh, Dios mío. —Sophia se secó los ojos al tiempo que escribía rápidamente—. Esto marcha. ¿Qué más debe tener nuestro hombre perfecto?

Paola agitó la mano débilmente.

—A mí —sugirió entre risitas—. Puede tenerme a mí.

—Si no te ponemos los obstáculos nosotras para que no lo alcances —dijo Bárbara, y levantó su vaso. Las otras tres levantaron el suyo, y entrechocaron los cristales con un alegre sonido—. ¡Por el hombre perfecto, dondequiera que se encuentre!

* * * *

El sábado por la mañana amaneció temprano y radiante..., demasiado radiante, y demasiado temprano, diablos. Pantera despertó a Bárbara a las seis maullándole al oído.

—Vete —murmuró ella al tiempo que se tapaba la cabeza con la almohada. Pantera maulló de nuevo y golpeó la almohada con la pata. Bárbara captó el mensaje: o se levantaba, o el gato iba a sacar las uñas. Apartó a almohada hacia un lado y se sentó en la cama mirando al minino.

—Eres muy malo, ¿sabes? No pudiste hacer esto mismo ayer por la mañana, ¿verdad? No, tienes que esperar hasta que yo tenga el día libre y no tenga que madrugar. El gato permaneció impasible ante aquel regaño. Era algo típico de los gatos; hasta el más sucio y desaliñado de ellos estaba convencido de su innata superioridad. Bárbara lo rascó por detrás de las orejas y un grave ronroneo se extendió por todo su cuerpo. Sus ojos amarillos y oblicuos se cerraron de placer.

—Ya verás —le dijo—. Voy a convertirte en un adicto a esta costumbre de rascarte y después voy a dejar de hacerlo. Vas a sufrir síndrome de abstinencia, amigo.

Él bajó de la cama de un salto y se dirigió hacia la puerta abierta del dormitorio. Al llegar se detuvo un momento para mirar atrás, como si quisiera asegurarse de que Bárbara en efecto se había levantado. Bárbara

bostezó y apartó los cobertores.

Por lo menos, no la molestó el ruidoso coche del vecino durante la noche, y además había bajado la persiana para que no entrase la luz del día, de modo que había dormido profundamente hasta el toque de diana de Pantera.

Levantó la persiana para observar el camino de entrada que daba justo al lado del suyo. Allí estaba el destrozado Volkswagen marrón. Eso quería decir que o bien estaba agotada y había dormido como un camarón, o bien el vecino se había comprado un silenciador.

Decidió que lo del agotamiento era más probable que el silenciador recién comprado. Era obvio que Pantera opinaba que estaba perdiendo tiempo, porque le lanzó un maullido de advertencia. Suspirando, Bárbara se retiró el pelo de la cara y fue hacia la cocina casi a rastras.

Necesitaba desesperadamente un café, pero sabía por experiencia que el gato no la dejaría en paz hasta que le diera de comer. Abrió una lata de comida, la vertió en un envase y la depositó en el suelo. Mientras el gato estaba ocupado, dejó preparada una cafetera y se dirigió hacia la ducha.

Se quitó la ropa que usaba para dormir en verano, consistente en una camiseta y unas bragas —en el invierno sumaban a aquello unos calcetines—, se metió debajo del chorro caliente de la ducha y dejó que éste la despertara del todo. Algunas personas eran aves madrugadoras; otras eran búhos nocturnos.

Bárbara no era ninguna de las dos cosas. No funcionaba bien hasta haber tomado una ducha y una taza de café, y de noche le gustaba estar en la cama a las diez como muy tarde. Pantera estaba alterando el orden natural de las cosas con sus exigencias de que le diera de comer antes de hacer ninguna otra cosa. ¿Cómo había podido su madre hacerle esto a ella? —Sólo quedan cuatro semanas y seis días —se dijo para sí misma.

¿Quién hubiera pensado que un gato que normalmente era tan cariñoso iba a convertirse en semejante tirano cuando no estaba en su entorno habitual? Después de una larga ducha y dos tazas de café, su cerebro empezó a funcionar y comenzó a recordar todas las cosas que tenía que hacer.

Comprarle al tipo de al lado un cubo de la basura nuevo... vale.

Hacer la compra... vale.

Hacer la colada... vale.

Cortar el césped... vale.

Se sintió un poco emocionada por el último punto de la lista. Tenía césped que cortar, ¡su propio césped! Desde que se fue de su casa había vivido en apartamentos, ninguno de los cuales incluía un jardín. Por lo general había un diminuto parche de hierba entre la acera y el edificio, pero era el servicio de mantenimiento el que siempre se encargaba de cortarlo.

Diablos... eh... caramba, eran unos parches tan pequeños que podrían podarse incluso con unas tijeras. Pero su nuevo hogar traía su propio césped incluido. Previendo ese momento, había invertido en una cortadora de césped nuevita, modernísima y de propulsión automática.

Pero lo primero es lo primero. Tenía que hacer una escapada al supermercado para comprar un cubo de la basura nuevo para el vecino. Una promesa era una promesa, y Bárbara siempre procuraba cumplir su palabra.

Un rápido plato hondo de cereales fue su desayuno, se puso unos vaqueros y una camiseta, se calzó un par de sandalias y se puso en camino.

¿Quién iba a pensar que iba a costar tanto encontrar un cubo de la basura metálico? El supermercado tenía sólo cubos de plástico. Se compró uno para sí misma, pero no creyó tener derecho a cambiar el tipo de cubo de la basura de su vecino.

De allí fue a una tienda de materiales para casa y jardín, pero tampoco consiguió nada. Si hubiera comprado ella el cubo metálico que tenía, sabría dónde encontrar otro, pero fue un regalo de su madre con motivo del estreno de la casa.

Así era mamá, la reina de los regalos prácticos. Para cuando por fin dio con un cubo de la basura metálico y grande, en una tienda de materiales de ferretería, eran las nueve y la temperatura ya estaba pasando de ser calurosa a volverse incómoda.

Si no volvía pronto a cortar el césped, tendría que esperar a que se pusiera el sol para que cediera un poco el calor. Decidió que la compra de comestibles podía esperar, encajó el cubo de la basura en el minúsculo asiento trasero de su coche y minutos más tarde entró en su calle y sonrió al ver las impecables y pulcras casas viejas que se alzaban a la sombra de

grandes árboles. Varias casas lucían triciclos y bicicletas en los jardines de la entrada.

Estos vecindarios antiguos estaban siendo testigos de un influjo de parejas jóvenes que descubrían el precio razonable de aquellas casas envejecidas. En lugar de desintegrarse, las viviendas estaban siendo reformadas; dentro de unos años se dispararían de nuevo los precios del mercado inmobiliario, pero por el momento aquella zona era precisamente la apropiada para personas que estaban empezando. Al salir del coche, la vecina del otro lado de la casa se acercó hasta la valla blanca de tablones puntiagudos, que llegaba a la altura de la cintura y separaba ambas propiedades.

— ¡Buenos días! —saludó la señora Santana.

—Buenos días —contestó Bárbara.

Había conocido a aquella agradable pareja el día en que se instaló, y al día siguiente la señora Santana le había llevado una gran fuente de estofado y un pie de limón casero. Si el tipo del otro lado pudiera parecerse un poco a los Santana, Bárbara habría estado en el séptimo cielo, aunque no era capaz de imaginárselo siquiera trayendo unas simples flores de bienvenida.

Se acercó a la valla para charlar como buena vecina.

—Hace un día precioso, ¿verdad?

—Gracias a Dios que hacía buen tiempo, porque de lo contrario el mundo estaría muy necesitado de conversación.

—Oh, hoy va a ser un día achicharrante. —La señora Santana le mostró una sonrisa abierta y sacudió la paleta de jardinero que sostenía en la mano enguantada—. Tengo que arreglar el jardín temprano, antes de que empiece a hacer demasiado calor.

—Lo mismo he pensado yo al ir a cortar el césped esta mañana. —Bárbara se percató de que los demás tuvieron la misma idea. Ahora que se fijaba, oía el rumor de una cortadora de césped tres casas más allá y otra al otro lado de la calle.

—Buena idea. Procura no sofocarte demasiado; mi George siempre humedece una toalla y se la pone en el cuello cuando corta el césped, aunque nuestros nietos lo ayudan y ya no lo hace tan a menudo como antes. —Le guiñó un ojo—. Yo creo que ahora enciende la vieja cortadora sólo porque le

apetece hacer algo masculino.

Bárbara sonrió, e iba a despedirse cuando se le ocurrió una idea, y se volvió hacia la anciana.

—Señora Santana, ¿conoce usted al hombre que vive al otro lado de mi casa? — ¿Y si aquel tipo le había mentido? ¿Y si no era policía? Casi se lo imaginaba riéndose a carcajadas a su costa, mientras ella pasaba de puntillas a su alrededor procurando ser simpática.

— ¿Jeff? Claro que sí. Lo conozco desde siempre. Ahí vivían sus abuelos. Era gente encantadora. Me alegré mucho de que Jeff viniera a vivir a esa casa cuando su abuela falleció por fin el año pasado. Me siento mucho más segura teniendo un policía tan cerca. ¿Usted no?

Bueno, aquello tiraba por el suelo su teoría. Bárbara logró esbozar una sonrisa.

—Sí, por supuesto.

Fue a decir algo acerca del extraño horario que tenía, pero vio cómo brillaban los ojos azules de la señora Santana y se mordió la lengua. Lo último que necesitaba era que su anciana vecina creyera que sentía interés por aquel tipo y menos que pudiera decírselo a él, ya que era obvio que había una buena relación entre ambos. Se ocupó de eso añadiendo:

—Creía que podía ser un traficante de drogas, o algo así.

La señora Santana pareció escandalizarse.

— ¿Jeff, un traficante de drogas? Dios mío. No, él jamás haría una cosa así.

—Es un alivio. —Bárbara sonrió de nuevo—. Supongo que será mejor que empiece a cortar el césped antes de que haga más calor.

—No olvide beber mucha agua —le aconsejó la señora Santana a su espalda.

—Así lo haré.

Bueno, maldición, pensó Bárbara al tiempo que sacaba el cubo de la basura del asiento trasero. Así que el tipo de al lado era policía; no había mentido. Adiós a su sueño de ver cómo se lo llevaban esposado. Depositó el cubo junto al porche de atrás de la casa y acto seguido sacó del maletero el

cubo de plástico que se había comprado para ella.

Si no hubiera sido de plástico, no habría podido meterlo allí dentro, pero el plástico se comprimía. Cuando abrió el maletero, el cubo saltó hacia ella como si estuviera vivo. Lo colocó detrás de la pequeña barandilla de la cocina, justo para que no se viera desde la calle, y a continuación volvió a entrar en la casa, se puso rápidamente unos pantalones cortos y una camiseta de tirantes.

Aqué! era el atuendo que usaban las mujeres de los barrios de las afueras para cortar el césped, ¿no? Entonces se acordó de sus vecinos ancianos y cambió la camiseta sin tirantes por otra normal; no quería provocarles un infarto. Experimentó una cierta emoción al abrir el candado de las puertas del garaje y penetrar en el interior.

Rebuscó hasta dar con el interruptor que encendía la única bombilla del techo. Había tapado su cortadora nueva con una sábana para que no se llenase de polvo. Retiró la sábana y pasó la mano por el frío metal. Sacó la cortadora de césped y abrió una de las puertas del garaje justo lo suficiente para sacar la cortadora y condujo a su bebé a la luz del sol. La pintura roja lanzó destellos; las barras del manillar resplandecían.

Oh, qué bonita era. En el último minuto se acordó de algo acerca del ritual de cortar el césped, y llevó su coche hasta la calle; había que tener cuidado de no levantar accidentalmente alguna piedra que pudiera romper una ventanilla o rayar la pintura. Lanzó una mirada al automóvil del tipo de al lado y se encogió de hombros; tal vez advirtiera las huellas de Pantera, pero no apreciaría un arañazo más en aquel cacharro. Con una sonrisa de felicidad, encendió el pequeño motor.

Lo curioso de cortar el césped, era que uno experimentaba una sensación instantánea de realización. Uno veía el lugar exacto por el que había pasado y lo que había conseguido. Y ahora tenía la sensación de haber logrado tener todo bien en su vida, por fin.

A la edad de treinta años, entrar en el mundo de los adultos. Era dueña de una casa. Cortaba su césped. Genial.

Entonces, algo le dio unos golpecitos en el hombro. Lanzó un grito y soltó el manillar de la máquina antes de apartarse hacia un lado y volverse hacia su atacante. La cortadora de césped se paró en seco. Allí estaba el vecino, con

los ojos inyectados en sangre, un gesto feroz en la cara y la ropa sucia; su aspecto habitual. Alzó una mano y puso la palanca de la segadora en la posición de apagado, y el eficiente motorcillo se detuvo con un gruñido. Silencio. Durante un segundo, más o menos.

— ¿Se puede saber para qué demonios has hecho eso? —rugió Bárbara. Enrojeció por la ira al tiempo que se acercaba un poco más, cerrando la mano en un puño de manera inconsciente.

—Tenía entendido que estaba procurando dejar de decir groserías —la provocó él.

— ¡Tú serías capaz de hacer decir groserías a un santo!

—Eso te deja afuera, ¿no es así?

— ¡Tiene toda la maldita razón!

Él se fijó en su mano derecha.

— ¿Vas a usar eso, o vas a mostrarte razonable?

— ¿Qué...? —Bajó la vista y vio que tenía el brazo flexionado a medias, con el puño ya echado hacia atrás.

Abrió los dedos con gran esfuerzo, pero éstos de nuevo adoptaron inmediatamente la posición de ataque. De verdad que deseaba propinarle un golpe, y se puso todavía más furiosa por no poder hacerlo.

— ¿Razonable? —Dijo, acercándose un poco más—. ¿Usted quiere que me muestre razonable? ¡Es usted el que me ha dado un susto de muerte y ha apagado mi cortadora de césped!

—Estoy intentando dormir —replicó él, recalcando cada palabra con una pausa—. ¿Es mucho pedir que tenga un poco de consideración?

Bárbara lo miró boquiabierta.

—Actúa como si yo estuviera cortando el césped al amanecer. ¡Son casi las diez de la mañana! Y no soy la única que está cometiendo el grave delito de cortar hierba. Escuche —le ordenó, refiriéndose al ruido amortiguado de otras cortadoras de césped del vecindario que se oía por la calle.

— ¡Esos no están cortando el césped justo delante de la ventana de mi dormitorio!

—Pues entonces acuéstese a una hora decente. ¡No es culpa mía que se pase levantado casi toda la noche!

El rostro del vecino se estaba poniendo tan rojo como el de ella.

— ¡Formo parte de un equipo especial! Y eso incluye tener un horario irregular. ¡Duermo cuando puedo, lo cual, desde que has llegado, no ha sido muy a menudo!

Bárbara levantó las manos.

— ¡Muy bien! ¡Estupendo! Ya terminaré de cortar esta noche, cuando refresque. —Hizo el gesto de mandarlo a paseo—. Vuélvase a su cama. Yo me meteré en casa y me quedaré ahí dentro sentada durante las próximas once horas. ¿O también eso perturbará sus bellos sueños? —inquirió en tono irónico.

—No hasta que le metan una patada por el culo —soltó él, y regresó furioso a su casa.

Probablemente existía una ley que prohibía lanzar piedras a la casa de una persona, pensó Bárbara. Echando humo, volvió a guardar la cortadora de césped en el garaje, echó el candado cuidadosamente y sacó su coche del camino de entrada.

Entró furiosa y miró con cara de pocos amigos a Pantera, que hizo caso omiso de ella, concentrado en lamerse las patas.

—Un equipo especial —rugió—. Que no soy razonable. Lo único que tenía que hacer era explicarse en tono normal, y yo no habría tenido inconveniente en apagar la cortadora de césped hasta más tarde. Pero no; tenía que portarse como un asno.

Pantera la miró.

—Asno no es una palabrota —dijo a la defensiva—. Además, no es culpa mía. Voy a contarte un secreto de nuestro vecinito, Pantera; ¡Desde luego, no es el hombre perfecto!

* * * *

Se puso el atardecer y era un hecho que ella podría su césped.

Vaya sorpresa, el desagradable vecino también estaba cortando el suyo... Bárbara analizó la escena y decidió que sería una buena vecina, quizás así se llevaran un poco mejor.

—Gracias por poner un silenciador nuevo. —Soltó Bárbara después de apagar su podadora, lista para devolverse a su casa.

Él hizo ademán de ir a decir algo sarcástico, Bárbara lo vio en la expresión de su cara, pero entonces se encogió de hombros y se limitó a decir:

—De nada. —Luego hizo una pausa—. Gracias por mi cubo de la basura nuevo.

—De nada.

Ambos se miraron fijamente el uno al otro por espacio de unos segundos, como si estuvieran esperando para ver cuál de los dos reanudaba la pelea, pero Bárbara puso fin al empate dando media vuelta y entrando en la casa. Cerró la puerta con llave y permaneció allí de pie unos instantes, contemplando el salón acogedor, ya familiar, que sentía como su propio hogar.

Pantera había vuelto a atacar los almohadones; vio más relleno desparramado por la moqueta. Dejó escapar un suspiro.

—A la mierda las galletas de chocolate —dijo en voz alta—. Esto se merece un helado.

* * * *

—Bonito coche —dijo él, echando un vistazo al Mustang.

—Gracias. —Bárbara lanzó una mirada al Volkswagen y no dijo nada.

A veces el silencio resultaba más caritativo que las palabras. Él vio la mirada y sonrió abiertamente. Bárbara deseó que no hubiera hecho tal cosa; aquella sonrisa lo hizo parecer casi humano. Ojalá no estuvieran ambos allí fuera, a la luz del sol, porque veía lo tupidas que eran sus pestañas negras y las estrías marrones de sus ojos. De acuerdo, era un hombre atractivo, cuando

no tenía los ojos enrojecidos y no gruñía.

* * * *

Se tomó un café y contempló el amanecer. Era evidente que Pantera la había perdonado por despertarlo de nuevo, porque se sentó a su lado a lamerse las patas y ronroneaba cada vez que ella lo rascaba detrás de las orejas con gesto distraído.

Lo que sucedió a continuación no fue culpa suya.

Bárbara estaba de pie junto al fregadero, lavando la taza que había usado, cuando se encendió la luz de la cocina de la casa de enfrente y entró Jeff en su campo visual.

Bárbara dejó de respirar. Los pulmones se le encogieron, y dejó de respirar.

—Santo cielo bendito —murmuró, y entonces consiguió inhalar aire.

Estaba viendo una porción mayor de Jeff de la que había esperado ver nunca; en realidad, lo estaba viendo todo. Jeff estaba de pie enfrente de la nevera, completamente desnudo.

Apenas tuvo tiempo de admirar su espalda antes de que él sacara una botella de zumo de naranja, desenroscase el tapón y se lo llevara a la boca al tiempo que daba media vuelta. Resultaba más impresionante viniendo que yendo, y eso ya era decir algo, porque tenía un culito de lo más rico. Aquel hombre estaba soberbiamente equipado.

—Dios mío, Pantera —dijo con una exclamación ahogada—. ¡Fíjate!

Lo cierto era que Jeff estaba buenísimo por todas partes. Era alto, de cintura delgada y musculatura fuerte. Bárbara clavó la mirada un poco más arriba y vio que poseía un pecho atractivo y vellosos. Ya sabía que era guapo de cara, si bien la tenía un tanto magullada. Ojos oscuros y sexys, dientes blancos y una risa agradable. Y soberbiamente equipado bajo la cintura.

Se llevó una mano al pecho. El corazón estaba haciendo algo más que latir con fuerza; estaba intentando abrirse paso a golpes a través del esternón.

A aquella excitación se unieron también otras partes de su cuerpo.

En un instante de locura, pensó en correr hacia su casa y servirle de colchón.

Bárbara se agarró del fregadero para no desmoronarse y terminar en el suelo.

Menos mal que había renunciado a los hombres, porque de lo contrario tal vez hubiera cruzado a la carrera los dos caminos de entrada y se hubiera presentado directamente en la puerta de la cocina del vecino.

Pero con hombres o sin ellos, todavía apreciaba el arte, y su vecino era una obra de arte, una mezcla entre la clásica estatua griega y una estrella del porno. No le apetecía en absoluto hacerlo, pero tenía que decirle que cerrase las cortinas; era lo propio por parte de una vecina, ¿no? Ciegamente, sin querer perderse ni un momento del espectáculo, fue a coger el teléfono, pero se detuvo.

No sólo no sabía su número, sino que ni siquiera sabía cómo se apellidaba. Vaya vecina era; llevaba dos semanas y media viviendo allí y todavía no se había presentado, aunque si él era buen policía habría averiguado el nombre de ella.

Por supuesto, él tampoco había corrido a presentarse.

Si no fuera por la señora Santana, Bárbara ni sabría que su nombre de pila era Jeff. Pero aquello no la detuvo. Había anotado el número de teléfono de la señora Santana, y logró despegar la mirada del espectáculo que tenía delante durante el tiempo suficiente para leerlo. Marcó el número, preocupada aunque ya era tarde, de que tal vez no se hubieran levantado aún de la cama.

La señora Santana respondió al primer timbrazo.

— ¡Diga! —contestó con un entusiasmo tal, que Bárbara supo que no la había despertado.

—Hola, señora Santana, soy Bárbara Jensen, su vecina de al lado. ¿Qué tal está? —Había que obedecer las normas de cortesía, y con las generaciones más mayores eso podía llevar algún tiempo.

Quizá aquello podría tardar unos diez o quince minutos. Observó cómo Jeff apuraba el zumo de naranja y arrojaba el recipiente vacío.

— ¡Oh, Bárbara! ¡Cuánto me alegro de hablar con usted! —dijo la señora Santana como si ella hubiera estado de viaje fuera del país, o algo así. Evidentemente, la señora Santana era una de esas personas que hablan con signos de exclamación cuando están al teléfono—. ¡Estamos bien, muy bien! ¿Y usted?

—Bien —respondió Bárbara de modo automático, sin perderse un minuto de la acción. Ahora Jeff estaba sacando la leche. ¡Dios santo! ¡No iría a mezclar leche con zumo de naranja! Abrió el envase y lo olió. Sus bíceps se contrajeron al levantar el brazo—. Dios de los cielos —susurró Bárbara. Quedó claro que la leche no había superado la inspección, porque Jeff echó la cabeza hacia atrás y dejó el cartón a un lado.

— ¿Cómo ha dicho? —dijo la señora Santana.

—Eh... He dicho bien, sólo bien. —Bárbara apartó la atención de aquella ventana—. Señora Santana, ¿cómo se apellida Jeff? Necesito llamarlo para una cosa.

—Donovan, querida. Jeff Donovan. Pero yo tengo su número. Es el mismo que tenían sus abuelos. De lo cual me alegro, porque así lo recuerdo sin esfuerzo. Resulta más fácil hacerse viejo que hacerse sabio, ya sabe. —Se rió de su propio ingenio.

Bárbara rió también, aunque no supo de qué. Buscó a tientas un lápiz. La señora Santana le recitó despacio el número y Bárbara lo anotó, lo cual no era nada fácil de hacer sin mirar lo que estaba escribiendo.

Dio las gracias a la señora Santana y se despidió, y a continuación respiró hondo. Tenía que hacerlo. Por mucho daño que le causara, por mucho que la privara de algo importante, tenía que llamar a Jeff. Tomó otra bocanada de aire y marcó su número. Vio que él cruzaba la cocina y tomaba un teléfono inalámbrico. Estaba de pie, de perfil a ella. Madre mía. Se le llenó la boca de saliva. Aquel maldito hombre la tenía babeando.

—Donovan.

Su voz profunda sonó ronca, como si aún no estuviera despierto del todo, y aquella única palabra tenía un tono de irritación.

—Eh... ¿Jeff?

— ¿Sí?

No es que fuera la más entusiasta de las reacciones. Bárbara intentó tragar saliva y descubrió que le costaba hacerlo con la lengua colgando. Volvió a introducirla en la boca y lanzó un suspiro de arrepentimiento.

—Soy Bárbara, tu vecina. Odio tener que decirte esto, pero quizá deberías... cerrar las cortinas.

Él giró a toda velocidad para mirar de frente a la ventana, y los dos se observaron fijamente el uno al otro. Jeff no se apartó hacia un lado ni se agachó para que Bárbara no lo viera, ni hizo nada que pudiera indicar vergüenza. En vez de eso, sonrió abiertamente. Maldición, ojalá no hubiera hecho tal cosa.

—Te has dado una buena vista, suficiente para una película, ¿eh? —le preguntó al tiempo que se acercaba a la ventana y estiraba la mano hacia las cortinas.

—Pues sí. —Se había pasado cinco minutos enteros sin parpadear, por lo menos—. Gracias. —Jeff cerró las cortinas, y al instante todo su cuerpo se puso de luto.

—Ha sido un placer —rió él—. Tal vez un día pueda devolverme el favor.

Colgó antes de que Bárbara pudiera replicar, lo cual fue una suerte, porque estaba sin habla. Mientras bajaba las persianas se dio mentalmente una palmada en la frente. ¡Idiota! Lo único que tenía que hacer en cualquier momento era cerrar sus propias persianas.

—Sí, debo de ser idiota —le dijo a Pantera. La trastornó la idea de desvestirse enfrente de él... y también la excitó. ¿Qué era, una exhibicionista? Nunca lo había sido en el pasado, pero ahora... Tenía los pezones duros, le sobresalían como si fueran dos frambuesas, y en cuanto al resto de su cuerpo... Bueno. Nunca le había gustado el sexo casual, pero aquel súbito deseo por Jeff, precisamente él, la había dejado anonadada. ¿Cómo podía pasar de tipo desagradable a tipo bueno con sólo quitarse la ropa?

— ¿Tan superficial soy? —le preguntó a Pantera, y reflexionó un instante sobre ello, y después asintió—. Puedes apostar que sí.

Pantera maulló, evidentemente de acuerdo con ella. Oh, Dios. ¿Cómo iba a poder mirar otra vez a Jeff sin recordar cómo era desnudo? ¿Cómo iba a poder hablarle sin sonrojarse ni que notara que tenía un grave problema de

calentón por su cuerpo? Se sentía mucho más cómoda teniéndolo de adversario que viéndolo como objeto de deseo.

Prefería que sus objetos de deseo se mantuvieran a una distancia segura... digamos, en la pantalla de un cine. Pero él no se había sentido violento, así que ¿por qué iba a sentirse violenta ella? Ambos eran adultos, ¿no? Ya había visto hombres desnudos otras veces, sólo que nunca había visto a Jeff.

¿Por qué no podía tener una barriga de bebedor de cerveza y una salchicha marchita, en lugar de unos abdominales duros como piedras y una impresionante erección matutina? Comenzó a babear de nuevo.

—Esto es deplorable —dijo en voz alta—. Tengo treinta años, no soy una adolescente de las que gritan cuando ven a... quienquiera que sea el que está de moda. Al menos debería ser capaz de controlar mis glándulas salivales. Pero sus glándulas salivales opinaban de modo distinto. Cada vez que le venía a la cabeza una imagen de Jeff, lo cual sucedía aproximadamente cada diez segundos —tenía que disfrutar de ella durante unos nueve segundos antes de apartarla de su mente—, se veía obligada a tragar saliva. Una y otra vez.

* * * *

El día anterior se había ido temprano a trabajar, al mismo tiempo que se iba Jeff. Si hoy se fuera a su hora acostumbrada, él ya se habría ido, ¿no?

Se plantó delante del armario abierto, sumida en un dilema. ¿Qué se ponía una cuando existía la posibilidad de encontrarse con el vecino al que acababa de ver desnudo? decidió por fin, y escogió el traje de pantalón más serio que tenía.

Poco importaba que siempre le hubiera gustado el modo en que los pantalones se le adherían al trasero, o que suscitara unos cuantos comentarios de admiración por la gran parte masculina de la empresa; aquel día no iba a ver a Jeff. Tenía que sentirse todavía más incómodo que ella por lo ocurrido. Si alguien tenía que evitar a alguien, sería él quien la evitaría a ella.

¿Le habría dirigido un hombre avergonzado aquella sonrisa malévola?

Él sabía que estaba bueno; más que bueno, maldita sea. En un esfuerzo por desviar sus pensamientos de exactamente cuan bueno estaba Jeff, encendió la televisión para ver el informativo matinal mientras se vestía y se maquillaba. Cuando estuvo lista, salió en camino a su coche.

— ¿Ya se siente mejor hoy? —le preguntó Jeff, acercándose.

—Estoy bien. —Bárbara dentro de su nerviosismo arrojó su bolso en el asiento del pasajero y se situó detrás del volante.

—No lo pongas ahí—aconsejó el vecino—. Cuando se detenga en un semáforo, puede acercarse alguien, romper la ventanilla del coche, agarrar el bolso y desaparecer antes de que te des cuenta de qué está pasando.

Bárbara cogió sus gafas de sol y se las puso, patéticamente agradecida por la protección que éstas le proporcionaron cuando se atrevió a mirar a Jeff.

— ¿Y dónde debería ponerlo, entonces?

—El sitio más seguro es el maletero.

—Eso resulta muy incómodo.

Él se encogió de hombros. Aquel movimiento hizo que Bárbara se percatara de la anchura de sus hombros, y eso le recordó otras partes de su cuerpo. Sintió un calor que empezaba a subirle a las mejillas. ¿Por qué no podía ser un borracho? ¿Por qué no seguía vistiendo pantalones de algodón y una camiseta sucia y hecha mierda, en vez de un pantalón de color tostado claro y una camisa de seda azul oscura?

Alrededor de su fuerte cuello llevaba una corbata floja de colores crema, azul y carmín, y una chaqueta en la mano. Aquella enorme pistola negra iba guardada en una funda pegada a su riñón derecho. Lucía un aspecto duro y competente, y demasiado atractivo para la paz de Bárbara.

—Lamento haberla incomodado esta mañana —dijo Jeff—. Todavía estaba medio dormido y no me fijé en las ventanas.

Bárbara logró alzarse de hombros en un gesto de indiferencia.

—No me ha incomodado. Son accidentes que ocurren. —Estaba dispuesta a marcharse, pero él estaba tan cerca que no podía cerrar la portezuela del coche.

Jeff se agachó en cuclillas en la V que formaban el coche y la puerta

abierta.

— ¿Está segura de que se encuentra bien? Aún no me ha insultado, y llevamos hablando... —consultó su reloj — unos treinta segundos ya.

—Hoy estoy de buen humor — repuso ella en tono terminante—. Ahorro energía por si sucede algo importante.

Él sonrió ampliamente.

—Ésa es mi chica. Ya me siento mejor.

Su dedo resbaló hasta la hendidura de la barbilla y la tocó ligeramente antes de retirarse. Bárbara se quedó petrificada, atrapada por la súbita revelación de que el vecino estaba coqueteando con ella, por el amor de Dios, y el corazón volvió a querer salirse del pecho. Ay, Dios.

—No me beses —dijo en tono de advertencia, porque él parecía estar más cerca aunque no lo había visto moverse, y su mirada estaba fija en su rostro, esa mirada tan intensa que adoptan los hombres antes de hacer su movimiento.

—No es ésa mi intención —replicó él sonriendo apenas. —Se incorporó y dio un paso atrás con la mano en la puerta del coche para cerrarla. Hizo una pausa y miró a Bárbara—. Además, en este preciso momento no tengo tiempo. Los dos tenemos que ir a trabajar, y no me gustan las cosas precipitadas. Necesitaré un par de horas, por lo menos.

— ¿Un par de horas?

—Sí. —Él le dedicó otra de aquellas sonrisas peligrosas y lentas—. Aún sería mejor tres horas, porque me imagino que cuando efectivamente la bese, los dos terminaremos desnudos.

—Oh—musitó Bárbara para sí mientras conducía con el piloto automático, lo cual en el tráfico de Tandil era más que arriesgado.

“¿Oh?” ¿Qué clase de respuesta inteligente era aquélla? ¿Por qué no le había dicho algo como: “Ni lo sueñes, amigo” o quizá: “Dios santo, ¿es que se ha congelado el infierno y yo no me he enterado?”? ¿Por qué no pudo decir cualquier otra cosa que no fuera “oh”, por todos los santos?

Hasta durmiendo era capaz de hacerlo mejor. No lo había dicho en tono indiferente, como si le estuvieran pidiendo información y la respuesta no

fuera muy interesante. Ahora él pensaría que lo único que tenía que hacer era darse un paseíto hasta la casa de ella y la vecinita caería rendida a sus pies.

Lo peor de todo era que tal vez tuviera razón.

Aferró con fuerza el volante en un intento de controlar la respiración. Conectó el aire acondicionado y ajustó las salidas de ventilación para que el aire le diera en la cara. Sentía los pezones tensos, y sabía que si los mirara se los encontraría erguidos como soldados.

Está bien. Aquí el problema radicaba en un caso grave de excitación sexual. El hecho estaba allí, y ella tenía que afrontarlo, lo cual quería decir que tendría que comportarse como una adulta sensata e inteligente y conseguirse unas píldoras anticonceptivas lo antes posible.

En cualquier momento iba a venirle la regla, lo cual era una suerte; podría comprar las píldoras y empezar a tomarlas casi de inmediato. Pero no iba a decírselo a él. Las píldoras eran sólo una precaución, por si acaso sus hormonas se imponían sobre su materia gris. Jamás le había sucedido nada tan tonto, pero es que jamás se había prácticamente derretido de aquella manera al ver la parte sobresaliente de un hombre.

¿Qué demonios le estaba ocurriendo?, se preguntó furiosa. No era la primera vez que veía partes sobresalientes. Era verdad que la de Jeff resultaba impresionante, pero cuando era una jovencita curiosa en su época universitaria había visto un par de películas porno y había hojeado ocasionalmente la revista OhBaby, de modo que había visto cosas mayores.

Además, pese a lo que se habían divertido hablando del hombre perfecto y lo grande que debía tener el pene, dicha parte del cuerpo no era ni con mucho tan importante como el hombre al que estaba unida. El hombre perfecto.

* * * *

—Eh.

— ¡Mierda! —exclamó Bárbara. Dio un salto en el aire y se le cayó la esponja.

El corazón estuvo a punto de salirse del pecho. Se giró bruscamente con

la manguera en la mano. Jeff saltó hacia atrás cuando el agua le roció las piernas.

—Ten cuidado con lo que haces, joder —exclamó.

Bárbara se enfureció al instante.

—Muy bien —dijo en tono conforme, y entonces le lanzó el chorro de agua directamente a la cara.

Jeff soltó un grito de sorpresa y se hizo a un lado. Bárbara permaneció donde estaba, manguera en mano, mirando mientras él se pasaba la mano por el rostro mojado.

El primer ataque, accidental, le había mojado los pantalones de rodillas para abajo. El segundo había alcanzado buena parte de la camiseta. Tenía toda la parte delantera empapada y pegada a la piel como si fuera yeso. Bárbara procuró no fijarse en la dura superficie de su pecho. Ambos se encararon el uno con el otro como pistoleros, separados por no más de tres metros.

— ¿Estás mal de la cabeza? —dijo Jeff medio gritando.

Bárbara volvió a mojarlo sin pensarlo. Esta vez lo hizo a conciencia, persiguiéndolo con el chorro de agua al tiempo que él intentaba huir.

— ¡No me digas que estoy mal de la cabeza! —le gritó.

Puso un dedo en la boquilla para estrechar la abertura y conseguir así más fuerza y más distancia

Jeff cambió súbitamente de táctica, de la evasión al ataque. Se acercó agachado, igual que un defensa, sin intentar esquivar el chorro de agua que apuntaba hacia él. Aproximadamente medio segundo demasiado tarde, Bárbara intentó apartarse a un lado. Jeff la embistió con el hombro en la cintura, y el impacto la empujó contra el Mustang.

Rápido como una serpiente atacando, le arrebató la manguera de la mano. Bárbara forcejeó para recuperarla, pero Jeff la obligó a volver a su sitio y la sujetó contra el coche con todo su peso. Los dos respiraban agitadamente. Jeff estaba empapado de pies a cabeza, y el agua que chorreaba de su ropa fue empapando la de ella hasta que estuvo igual de mojada que él.

Lo miró furiosa, y él hizo lo mismo, las narices de ambos a sólo unos

centímetros la una de la otra. Jeff tenía las pestañas llenas de gotitas de agua.

—Me has mojado adrede —la acusó, como si no pudiera creer que ella hubiera hecho semejante cosa.

—Tú me has asustado —lo acusó Bárbara a su vez—. Ha sido sin querer.

—Eso ha sido la primera vez. La segunda vez, lo has hecho a propósito.

Ella afirmó con la cabeza.

—Y has dicho “mierda” y “maldita sea”. Me debes cincuenta centavos.

—Ahora tengo reglas nuevas. No puedes incitarme a la violencia y después multarme por recurrir a la violencia.

— ¿Estás tratando de librarte de pagarme? —preguntó Jeff, incrédulo.

—Así es. Todo es culpa suya.

— ¿Cómo es eso?

—Me ha asustado adrede, no intentes negarlo. Eso hace que la culpa en primer lugar te corresponda a ti. —Probó a debatirse un poco para zafarse de la presión que ejercía Jeff con su peso. Maldita sea, cuánto pesaba. Y estaba casi tan rígido como la chapa de metal que tenía detrás. Jeff aplastó su intento de fuga apretándose aún más contra ella. El agua que le empapaba la ropa empezó a gotear por las piernas de Bárbara.

— ¿Y la segunda vez?

—Has dicho j... —Bárbara se interrumpió a sí misma—. Mis dos groserías juntas no son, ni mucho menos, tan groseros como el único que ha pronunciado usted.

— ¿Qué pasa? ¿Ahora tenemos un sistema de puntos?

Bárbara lo fulminó con la mirada.

—Mira, yo no habría dicho ninguna de esas dos cosas si: (a), si no me hubieras asustado, y (b), si no me hubieras lanzado una grosería la primera vez.

—Yo no habría dicho una grosería si usted no me hubiera mojado.

—Y yo no lo habría mojado si usted no me hubiera asustado. ¿Lo ve? Ya le he dicho que todo es culpa suya —dijo Bárbara en tono triunfante,

ladeando la mandíbula.

Jeff respiró hondo. Aquel movimiento de su pecho aplastó los pechos de Bárbara aún más de lo que ya estaban y la hizo tomar conciencia de sus pezones. Sus pezones tenían plena conciencia de la presencia de él.

Oh. Sus ojos se agrandaron, súbitamente alarmados. Jeff la observaba con una expresión indescifrable.

—Suéltame —le espetó, más nerviosa de lo que le importaba ocultar.

—No.

— ¿Qué no? —Repitió Bárbara—. No puede decir que no. Retenerme contra mi voluntad es ilegal.

—No la estoy reteniendo contra su voluntad; la estoy reteniendo contra su coche.

— ¡Por la fuerza!

Él lo reconoció encogiéndose de hombros. No parecía estar muy alarmado por la perspectiva de infringir alguna ley que prohibiera maltratar a vecinas.

—Suéltame —volvió a decir Bárbara.

—No puedo.

Ella lo miró suspicaz.

— ¿Por qué no? —En realidad temía saber por qué no.

Aquel “por qué no” llevaba ya unos minutos aumentando de tamaño dentro de los pantalones mojados de Jeff. Bárbara estaba haciendo todo lo humanamente posible para ignorarlo, y de cintura para arriba, excepto por los indisciplinados pezones, lo estaba logrando.

—Porque voy a hacer algo de lo que me arrepentiré. —Jeff sacudió la cabeza en un gesto negativo, como si no se comprendiera a sí mismo—. Pero qué diablos, me arriesgaré.

—Espera —gimió Bárbara, pero ya era demasiado tarde.

Vio cómo bajaba hacia ella su cabeza. La tarde desapareció de repente. De lejos, en la calle, le llegó el grito de un niño que rompía a reír. Pasó un coche. El ruido amortiguado de unas tijeras de podar alcanzó sus oídos. Todo

aquello pareció lejano y desconectado de la realidad.

Lo real era la boca de Jeff sobre la suya, aquella lengua que se enredaba con la suya, el aroma masculino de su cuerpo que penetraba por sus fosas nasales y le llenaba los pulmones. Y el sabor... oh, aquel sabor. Jeff sabía a chocolate, como si acabase de comer una chocolatina. Sintió deseos de devorarlo.

Bárbara cayó en cuenta que estaba aferrándose con los puños a la tela mojada. De una en una, sin interrumpir el beso, separó las manos de la camiseta de Jeff y las colocó alrededor de su cuello, permitiéndole acomodarse más plenamente contra ella, desde el hombro hasta la rodilla.

¿Cómo era posible que un simple beso la excitara de aquella forma? Pero no era un simple beso; Jeff empleaba todo su cuerpo, rozándole los pezones contra su pecho hasta que la fricción los hizo erguirse, duros y sensibles, moviendo el bulto que formaba su erección contra el estómago de ella en un ritmo lento y sutil que de todos modos resultaba más potente que una ola marina.

Bárbara escuchó el sonido salvaje y ahogado que surgió de su propia garganta e intentó trepar por el cuerpo de Jeff, elevarse hasta una posición en la que aquel bulto surtiera el máximo efecto. Estaba ardiendo, abrasada de calor, medio enloquecida por aquella necesidad y frustración sexual.

Jeff todavía sostenía la manguera en una mano. Rodeó a Bárbara con los brazos y la levantó los pocos centímetros que hacían falta. El chorro de agua se arqueó peligrosamente, salpicó a Pantera y lo hizo saltar a un lado con un bufido de enfado, luego chocó contra el coche y los empapó aún más a ellos dos. Pero a Bárbara no le importó.

Tenía la lengua de Jeff dentro de su boca y las piernas alrededor de las caderas de él, y aquel bulto estaba justo donde quería que estuviera. Jeff se movió —otro de aquellos roces sutiles— y Bárbara a punto estuvo de alcanzar el clímax allí mismo. Hundió las uñas en la espalda de Jeff y emitió un sonido gutural al tiempo que se arqueaba en sus brazos. Jeff apartó su boca de la de ella. Estaba jadeante, con una expresión ardiente y salvaje en los ojos.

—Vamos adentro —dijo en un tono tan grave y ronco que casi resultó ininteligible, poco más que un gruñido.

—No —gimió Bárbara—. ¡No te pares! —Oh, Dios estaba cerca, muy cerca. Volvió a arquearse contra él.

— ¡Por Dios santo! —Jeff cerró los ojos. Apenas podía reprimir una expresión contraída por el deseo—. Bárbara, no puedo follarte aquí fuera. Tenemos que entrar.

¿Follar? ¿Dentro? ¡Dios del cielo, estaba a punto de hacerlo con él y aún no había empezado a tomar la píldora!

— ¡Espera! —Chilló presa del pánico, empujando contra sus hombros y desenrollando las piernas para ponerse a dar patadas—. ¡Para! ¡Suéltame!

— ¿Que pare? —dijo él, desconcertado—. ¡Pero si no hace ni un segundo me has dicho que no pare!

—He cambiado de idea. —Aún seguía empujándolo en los hombros. Aún seguía sin conseguir absolutamente nada.

— ¡No puedes cambiar de idea! —Ya parecía desesperado.

—Sí que puedo.

— ¿Tienes herpes?

—No.

— ¿Sífilis?

—No.

— ¿Gonorrea?

—No.

— ¿Sida?

— ¡No!

—Entonces no puedes cambiar de idea.

—Lo que tengo es un óvulo maduro.

Aquello era probablemente una mentira. Una mentira casi con toda seguridad. Era muy probable que le viniese el período al día siguiente, de modo que aquel pequeño óvulo ya había dejado de ser viable hacía mucho, pero no deseaba arriesgarse a una posible descendencia. Si quedaba algo de vida en el espiral de ADN, el espermatozoide de Jeff se lanzaría por ella. Había

cosas que eran hechos comprobados. Lo del óvulo maduro hizo detenerse a Jeff. Tras meditar sobre ello, sugirió:

—Puedo utilizar un condón.

Ella lo fulminó con la mirada; por lo menos, eso esperaba hacer. Hasta el momento Jeff continuaba notablemente intacto.

—Los condones sólo tienen una tasa de éxito de entre un noventa y un noventa y cuatro por ciento, lo cual significa que, como mínimo, su índice de fallos es del seis por ciento.

—Bueno, eso es una probabilidad muy tonta.

Otra mirada fulminante.

— ¿Ah, sí? ¿Te imaginas lo que sucedería si siquiera uno de tus pequeños merodeadores asaltase a mi chica?

—Que se liarían el uno con el otro y pelarían igual que dos gatos salvajes dentro de un saco.

—Eso es. Igual que hemos hecho nosotros.

Jeff compuso una expresión de horror. Soltó a Bárbara y dio un paso atrás.

—Estarían dentro del saco antes de presentarse el uno al otro siquiera.

—Nosotros no nos hemos presentado —se sintió impulsada a señalar Bárbara.

—Mierda. — Jeff se pasó una mano por la cara—. Soy Jeff Dónovan.

—Ya sé quién eres, me lo ha dicho la señora Santana. Yo me llamo Bárbara Jensen.

—Lo sé. Me lo ha dicho ella. Hasta me ha dicho cómo se escribe tu nombre.

¿Pero cómo demonios podía saber eso la señora Santana?

— ¿Quieres salir a tomar algo? —Dijo Jeff repentinamente.

Bárbara lo pensó un momento. El hecho de aceptar tenía sus pros y sus contras. La ventaja más clara era que no tendría que cenar sola, si es que tuviera ganas de tomarse la molestia de preparar algo, lo cual no era el caso. El mayor inconveniente radicaba en el hecho de pasar más tiempo con él.

Pasar tiempo con Jeff podía ser peligroso. Lo único que la había salvado antes era que no se estaban en un lugar privado.

—No te estoy pidiendo que resuelvas cuál es el sentido de la vida —dijo él irritado—. ¿Quieres tomar una hamburguesa o no?

—Si voy, no puedes tocarme —lo advirtió Bárbara. Él levantó ambas manos.

—Lo juro. Ya te dije que no puedes pagarme con nada el hecho de que yo me acerque a ese óvulo tuyo devorador de esperma. Y bien, ¿cuándo vas a empezar a tomar la píldora?

— ¿Quién ha dicho que vaya a hacerlo?

—Yo soy el que dice que deberías tomarla.

—Tú no te acerques a mí, y no tendrás que preocuparte por ello. —Por nada del mundo iba a decirle que ya tenía pensado empezar a tomar la píldora. Se había olvidado de llamar a la clínica, pero lo haría a primera hora de la mañana.

Jeff sonrió abiertamente.

—No se te está dando mal, nena, pero estamos al final de la novena entrada y yo voy ganando por diez a cero. Lo único que te queda por hacer es aceptar sin rechistar. —Si cualquier otro hombre le hubiera dicho eso, le habría devuelto su ego deshecho en pedazos. Lo mejor que podía hacer en aquel momento era entretenerlo.

— ¿Todavía estoy a tiempo de batear?

—Sí, pero van dos abajo y un recuento de tres-cero.

—Aún puedo hacer una carrera completa.

—No tienes muchas posibilidades.

Bárbara gruñó ante aquel gesto de desprecio por su resistencia.

—Eso ya lo veremos.

—Diablos. Estás convirtiendo esto en una competición, ¿no es así?

—Eres tú el que ha empezado. Final del noveno y ganando por diez a cero, qué imbécil.

—Eso es otro cuarto de dólar.

—Imbécil no es un grosería.

—Es un... —Se interrumpió a sí mismo y dejó escapar un fuerte suspiro

—. No importa. Me has desviado del tema. ¿Quieres ir a comer algo, sí o no?

—Prefiero comida china antes que una hamburguesa.

Otro suspiro.

—Conforme. Iremos a un chino.

—Me gusta el sitio ese dónde venden rollitos de lumpias.

—De acuerdo —dijo Jeff.

Bárbara le obsequió una sonrisa radiante.

—Voy a cambiarme.

—Yo también. Cinco minutos.

Bárbara se apresuró a entrar en la casa, muy consciente de que él también se estaba dando prisa. No la creía capaz de cambiarse de ropa en cinco minutos, ¿eh? Pues ahora vería. Se desnudó completamente de camino al dormitorio.

Pantera le siguió los pasos maullando en tono lastimero. Hacía largo rato que había pasado su hora de cenar.

Se puso unas bragas secas, se ajustó un sujetador seco, se puso por la cabeza un top de puntos rojos y de manga corta, se enfundó unos vaqueros blancos y se calzó unas sandalias. Luego corrió de vuelta a la cocina y abrió una lata de comida para Pantera, la volcó en su plato, agarró el bolso y salió por la puerta justo en el momento en que Jeff saltaba del porche de su cocina y se encaminaba hacia el garaje.

—Llegas tarde —dijo él.

—No es verdad. Además, tú sólo has tenido que cambiarte de ropa. Yo me he cambiado de ropa y he dado de comer al gato.

* * * *

A la mañana siguiente, Bárbara saltó de la cama temprano, decidida a marcharse a trabajar antes de que apareciese Jeff. Aunque el corazón se le aceleraba por la emoción de pensar en volver a chocar con él, la cabeza le decía que era muy posible que Jeff hubiera consultado la lista en Internet la noche anterior, al regresar a casa después de haberse atragantado de comida china. Le había contado muy superficialmente sobre aquella lista porque ya la estaba volviendo loca que por descuido de Sophia se haya rodado la bendita lista por todo el país y los medios de comunicación no la dejaban en paz en ningún momento.

Jeff era peor que un pit bull a la hora de soltar una cosa, y no había dejado de molestarla para que le revelara el resto del contenido de la lista. Bárbara no quería de ningún modo saber lo que opinaba él de todo lo que había más allá del punto siete de la lista.

* * * *

Bárbara no era de las que se entretienen saliendo al supermercado.

Odiaba hacer las compras, por eso entraba en el supermercado igual que si se tratara de una carrera contrarreloj. Pilotando un carrito a gran velocidad, pasó volando por la sección de verduras echando al cesto repollo y lechuga además de fruta variada; luego recorrió rápidamente los demás pasillos.

No cocinaba mucho, porque suponía demasiada molestia para una sola persona, pero de vez en cuando preparaba un asado o algo similar y después se lo iba comiendo en bocadillos a lo largo de una semana. Sin embargo, la comida para gatos de Pantera era una necesidad.

En aquel momento sintió que un brazo se cerraba alrededor de su cintura y oyó una voz grave que le decía:

— ¿Me has extrañado?

Consiguió reprimir el grito, de modo que lo que salió fue poco más que un quejido, pero dio un salto hacia delante y a punto estuvo de chocar contra una pila de latas de comida para gatos. Giró en redondo y rápidamente situó el carrito entre ella y el intruso. Entonces lo miró con expresión de alarma.

—Perdone —le dijo—, pero no lo conozco. Debe de haberme confundido con otra persona.

Jeff frunció el ceño. Algunos clientes los observaban con agudo interés; por lo menos una señora parecía tener la intención de llamar a la policía si él realizaba un movimiento equivocado.

—Muy graciosa —gruñó Jeff, y a continuación se quitó lentamente la chaqueta para dejar ver la funda que llevaba en el cinturón y la enorme pistola negra que guardaba ésta. Como también llevaba la placa identificativa sujeta al cinturón, la tensión de las miradas en el pasillo siete fue reduciéndose conforme la gente murmuraba: “Es policía”.

—Márchate —dijo Bárbara—. Estoy ocupada.

—Ya lo veo. ¿Qué es esto, las Quinientas Millas del Supermercado? Llevo cinco minutos persiguiéndote por los pasillos.

—Nada de eso —replicó Bárbara consultando su reloj—. No llevo aquí cinco minutos.

—Vale, pues tres.

— ¿Así que has venido aquí para acosarme?

—No —contestó él con paciencia exagerada—. He venido porque he estado fuera y quería saber cómo iban las cosas.

— ¿Fuera? —Repitió Bárbara abriendo los ojos todo lo que daban de sí—. No tenía idea.

Jeff hizo rechinar los dientes. Bárbara lo sabía porque vio cómo movía la mandíbula.

—Está bien, debería haber llamado. —Aquello sonó como si se lo hubieran arrancado dolorosamente de las entrañas.

— ¿Ah, sí? ¿Y por qué?

—Porque somos...

— ¿Vecinos? —propuso ella al ver que Jeff no encontraba la palabra que buscaba.

Estaba empezando a divertirse, por lo menos tanto como era posible teniendo en cuenta que tenía los ojos cansados por falta de sueño.

—Porque entre nosotros hay cierta cosa. —La miró con gesto hosco.

No parecía en absoluto contento con aquella “cosa”.

— ¿Cosa? Yo no hago “cosas”.

—Ésta la harás —dijo él para sí, pero Bárbara lo oyó de todos modos y justo estaba abriendo la boca para contestarle cuando un niño, quizá de unos ocho años, se le acercó y le metió entre las costillas una arma láser de plástico haciendo unos ruiditos de descargas eléctricas cada vez que apretaba el gatillo.

—Estás muerta —dijo el niño victorioso. En eso llegó su madre a toda prisa con gesto de preocupación e impotencia.

— ¡Damián, deja eso! —Sonrió al niño de forma que fue poco más que una mueca—. No molestes a las personas amables.

—Cállate —respondió el pequeño maleducado—. ¿No ves que son unos extraterrestres?

—Lo siento —dijo la madre intentando llevarse a su retoño—. Damián, si no obedeces te castigaré cuando volvamos a casa.

Bárbara no pudo resistirse a poner los ojos en blanco. El niño volvió a pincharla en las costillas.

— ¡Ay! — El niño hizo de nuevo aquellos ruiditos eléctricos, disfrutando enormemente con la incomodidad de ella.

Bárbara compuso una gran sonrisa y se inclinó hacia el querido Damián, y entonces le dijo con voz de lo más alienígena:

—Oh, mira, un pequeño terrícola. — Se irguió y ordenó a Jeff con una mirada de autoridad—: Mátalo.

Damián se quedó con la boca abierta. Abrió los ojos como si fueran balones de fútbol al fijarse en la enorme pistola que lucía Jeff en el cinturón. De su boca abierta comenzaron a salir una serie de gritos que recordaban a una alarma de incendios. Jeff juró para sus adentros, agarró a Bárbara del brazo y empezó a tirar de ella medio corriendo hacia la entrada del supermercado. Ella logró rescatar su bolso del carrito al pasar por delante de él.

— ¡Eh, mi compra! —protestó.

—Ya podrás pasarte aquí otros tres minutos mañana para hacerla — replicó Jeff con violencia contenida—. En este momento estoy intentando evitar que te detengan.

— ¿Por qué razón? —preguntó ella indignada mientras Jeff la arrastraba al otro lado de las puertas automáticas.

La gente volvía la cabeza para mirarlos, pero la mayoría se sentía atraída por los chillidos de Damián en el pasillo siete.

— ¿Qué te parece por amenazar con matar a un niño y provocar un altercado?

— ¡Yo no he amenazado con matarlo! Simplemente te lo he ordenado a ti. — Le costaba seguirle el ritmo; la falda larga que llevaba no estaba hecha para correr.

Él la obligó a darse la vuelta al doblar la esquina del edificio, fuera de la vista, y la aplastó contra la pared.

—No puedo creer que me haya perdido esto —dijo en tono provocativo.

Bárbara lo miró furiosa y no dijo nada.

—He estado en Córdoba —rugió Jeff, inclinándose de tal modo que su nariz casi tocaba la de Bárbara—. En una entrevista para un empleo del estado.

—No me debes ninguna explicación.

Él se irguió y volvió la vista hacia el cielo, como si pidiera ayuda al universo. Bárbara decidió hacer una concesión.

—De acuerdo, una llamada telefónica no habría sido demasiado pedir...

Jeff dijo algo para sí. Bárbara se imaginó bastante bien de qué se trataba, pero por desgracia él no pagaba dinero por cada grosería que pronunciaba. Si así fuera, a ella le habría tocado la lotería. Lo agarró de las orejas, le bajó la cabeza y lo besó.

Así, sin más, Jeff la tuvo aprisionada contra la pared, abrazándola tan estrechamente que ella apenas podía respirar, pero la necesidad de respirar no ocupaba el primer puesto de su lista de prioridades en aquel momento. Sentirlo contra ella, saborearlo... Eso era lo importante.

Llevaba la pistola en el cinturón, de manera que comprendió que no era aquello lo que la estaba presionando en el estómago. Se agitó un poco contra ello para asegurarse. No, definitivamente no era una pistola. Jeff tenía la respiración acelerada cuando levantó la cabeza.

—Siempre eliges los lugares más inoportunos —dijo mirando alrededor.

— ¿Que los elijo yo? Yo estaba tan tranquila, ocupada en mis asuntos, haciendo un poco de compra, cuando fui atacada no por uno, sino por dos maníacos...

— ¿No te gustan los niños? Bárbara parpadeó.

— ¿Qué?

— ¿No te gustan los niños? Querías que matase a ése.

—Me gustan casi todos los niños — replicó ella en tono impaciente—, pero ése no. Me ha hecho daño en las costillas.

—Yo te estoy haciendo daño en el estómago.

Ella le dedicó una dulce sonrisa que lo hizo estremecerse.

—Sí, pero tú no estás usando una pistola láser de plástico.

—Vámonos de aquí —dijo Jeff con aire desesperado, y tiró de Bárbara en dirección a su coche.

— ¿Qué has hecho? —Esperaba que no se refiriera a toda la publicidad acerca de la Lista...

Oh, Dios, la Lista. Se le había olvidado. ¿Habría leído Jeff el artículo entero? Claro que sí.

—No has dicho ni un solo grosería, y ya llevamos media hora juntos. Ni siquiera te resististe cuando te arrastré fuera del supermercado.

— ¿En serio?

Bárbara sonrió, complacida consigo misma. A lo mejor el hecho de tener que pagar todas aquellas multas estaba surtiendo efecto en su subconsciente.

Aún pensaba muchas palabrotas, pero las multas no contaban si no las pronunciaba en voz alta. Estaba haciendo progresos. Jeff inclinó el vaso con té helado y bebió. Bárbara lo contempló hipnotizada, viendo cómo se movía

su fuerte garganta. Luchó contra un violento impulso de arrancarle la ropa.

¿Qué le estaba pasando?

Había visto beber a otros hombres a lo largo de toda su vida, y jamás la había afectado de esta manera, ni siquiera con ninguno de sus ex prometidos.

— ¿Más? —le preguntó cuándo él apuró el té y depositó el vaso.

—No, gracias. —Aquella mirada oscura y ardiente la recorrió de arriba abajo antes de detenerse en sus pechos —. Hoy estás muy elegante. ¿Ocurre algo especial?

Bárbara no iba a esquivar el tema, por muy sensible que fuera.

—Esta mañana hemos tenido una entrevista para Buenos días, Argentina, a las cuatro de la madrugada, ¿lo puedes creer? He tenido que levantarme a las dos —se quejó— y llevo la mayor parte del día en estado comatoso.

— ¿Tanta publicidad está recibiendo la Lista? —preguntó él, sorprendido.

—Me temo que sí —contestó Bárbara pensativa al tiempo que se sentaba a la mesa.

Jeff no se sentó enfrente de ella, sino que ocupó la silla que estaba a su lado.

—La he visto en Internet. Es muy divertida... No tuviste que pensar mucho en la número siete ¿eh?

Bárbara lo miró boquiabierta.

— ¿Cómo lo has sabido? —exigió.

Él soltó un resoplido.

—Como si no fuera capaz de reconocer esa boquita tuya de sabihonda incluso por escrito. “Cualquier cosa que esté por encima de los veinte centímetros es puramente de exhibición” —citó.

—Debería haber sabido que tú sólo ibas a acordarte de la parte concerniente al sexo.

—Últimamente llevo el sexo en la cabeza constantemente. Y para que conste, yo no tengo nada que sea de exhibición.

Si no lo tenía, le faltaba poco para tenerlo, pensó Bárbara, recordando con

gran fruición el aspecto que mostraba de perfil. Jeff continuó:

—Me alegro de no estar dentro de la categoría de los que va señalando la gente.

Bárbara rompió a reír a carcajadas y se echó hacia atrás en la silla, con tal fuerza que ésta se inclinó y su ocupante cayó al suelo. Se quedó allí sentada, sosteniéndose las costillas, pero no pudo dejar de reír.

Pantera se aproximó con cautela, pero decidió que no quería situarse dentro de su radio de acción y buscó refugio bajo la silla de Jeff.

Jeff se inclinó y levantó al gato del suelo para acomodarlo sobre sus rodillas y acariciarle el lomo alargado y estrecho. Pantera cerró los ojos y comenzó a ronronear en un tono grave. El gato ronroneaba, y Jeff contempló a Bárbara, aguardando a que las carcajadas se apaciguaran hasta convertirse en risitas y suspiros. Bárbara permaneció sentada en el suelo abrazándose las costillas y con los ojos húmedos de lágrimas. Si le quedaba algo de rimel, debía de tenerlo rodando por las mejillas, se dijo.

— ¿Necesitas ayuda para levantarte? —Le preguntó Jeff—. Debería advertirte de que si te pongo las manos encima, quizá después tengas problemas para separarlas de ahí.

—Puedo arreglármelas, gracias. — Con cuidado, y no sin alguna dificultad a causa de la falda larga, se incorporó y se secó los ojos con una servilleta.

—Me debes cincuenta centavos — dijo sonriente al tiempo que la atraía hacia él.

— ¡No aguantes la respiración! Ya te dije que no pensaba pagarte cuando fuera culpa tuya. —Apartó de un soplado los mechones de pelo que le caían sobre los ojos a fin de poder fulminarlo mejor con la mirada.

Jeff inclinó la cabeza y la besó. El tiempo se detuvo de nuevo. Jeff debía de haberle soltado las muñecas, porque Bárbara sintió sus propios brazos enrollarse alrededor del cuello de él. Notó su boca caliente y hambrienta, que la besaba de una forma en que ningún hombre debería besar y seguir andando libre por ahí.

Su aroma, cálido, como el sexo, le llenó los pulmones y le penetró la piel. Jeff puso una mano enorme en sus nalgas y la levantó del suelo para alinear

totalmente los cuerpos de ambos, ingle con ingle. La falda larga suponía un obstáculo, pues le impedía rodear a Jeff con las piernas.

Bárbara se arqueó frustrada, casi dispuesta a echarse a llorar.

—No podemos —susurró cuando él separó la boca una fracción de centímetro.

—Podemos hacer otras cosas — murmuró él al tiempo que se sentaba con ella sobre el regazo, inclinada hacia atrás contra el brazo con que la sujetaba.

Deslizó hábilmente la mano por dentro del amplio escote del jersey. Bárbara cerró los ojos sintiendo el placer que le provocaba aquella palma áspera rozando el pezón.

Jeff dejó escapar un largo suspiro. Entonces pareció que los dos contenían la respiración mientras la mano de él se curvaba sobre un seno, aprendiendo su tamaño y su suavidad, la textura de su piel. Retiró la mano en silencio y le sacó el jersey por la cabeza; acto seguido le desabrochó con mano diestra el sujetador, se lo quitó y lo dejó caer al suelo.

Bárbara quedó semidesnuda sobre sus rodillas, respirando cada vez de forma más rápida y superficial, observando cómo la miraba él. Conocía sus pechos, pero ¿cómo serían desde el punto de vista de un hombre? No eran grandes, pero sí altos y firmes.

Tenía los pezones pequeños y de color marrón rosáceo, de una suavidad aterciopelada y delicados en comparación con la áspera yema del dedo que utilizó él para tocar levemente uno de ellos haciendo que la aréola sobresaliera aún más. El placer inundó el cuerpo de Bárbara haciéndola apretar las piernas con fuerza para contenerlo.

Jeff la elevó un poco, arqueándola todavía más contra su brazo, y bajó la cabeza hacia sus senos. Se movió suavemente, sin ninguna prisa. Bárbara estaba sorprendida por las precauciones que estaba tomando ahora, después de sus besos rapaces. Jeff rozó con la cara la parte inferior de los senos, besando las curvas, lamiendo suavemente los pezones hasta que éstos estuvieron enrojecidos y tan tensos que ya no era posible que lo estuvieran más.

Cuando por fin empezó a succionarla ejerciendo una presión firme y lenta, Bárbara estaba tan a punto de colapsar que era como si él la hubiera tocado

con un cable eléctrico. No podía controlar su cuerpo, no podía evitar arquearse violentamente en sus brazos; el corazón le retumbaba en el pecho, y tenía el pulso tan acelerado que empezaba a marearse.

Se sentía impotente; habría hecho prácticamente cualquier cosa que Jeff deseara. Cuando éste se detuvo, fue por su propia fuerza de voluntad, no por la de ella. Lo notó temblar, notó su cuerpo fuerte y poderoso estremecerse contra ella como si tuviera frío, aunque su piel estaba muy caliente al tacto. Jeff la sentó erguida y apoyó su frente contra la de ella con los ojos fuertemente cerrados y las manos acariciando sus caderas y su espalda desnuda.

—Si entro dentro de ti —dijo en tono tenso— duraré, digamos, dos segundos. Si acaso.

Bárbara estaba loca. Tenía que estarlo, porque dos segundos de Jeff le parecían mejores que ninguna otra cosa que pudiera imaginar en aquel momento. Lo miró fijamente con los ojos vidriosos y la boca hinchada y madura.

Deseaba aquellos dos segundos. Los deseaba dolorosamente. Él le miró los pechos y emitió un ruido a medio camino entre un gemido y un gruñido. Musitando un juramento, se inclinó y recogió el jersey del suelo y lo apretó contra el pecho de Bárbara.

—Tal vez deberías volver a ponerte esto.

—Tal vez debería —repitió Bárbara, en un tono de voz que a ella misma le sonó turbio. Los brazos no parecían funcionarle; continuaban enroscados alrededor del cuello de Jeff.

—O te pones el jersey, o vamos al dormitorio.

Aquello no era una gran amenaza, pensó Bárbara, teniendo en cuenta que todas las células de su cuerpo gritaban: “¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!”. Mientras pudiera impedir que lo pronunciara su boca, lograría ser dueña de sí misma, pero estaba empezando a albergar serias dudas sobre si iba a poder mantenerse a distancia de Jeff siquiera un par de días, y mucho menos un par de semanas, tal como habían pensado.

La idea de torturarlo ya no le resultaba ni con mucho tan divertida como le había parecido antes, porque ahora sabía que también iba a torturarse a sí

misma. Jeff le introdujo las manos en el jersey y se lo pasó por la cabeza hasta colocarlo en su sitio de un tirón. La prenda estaba del revés, pero ¿qué más daba?

—Estás intentando acabar conmigo —la acusó él—. Voy a hacerte pagar también.

— ¿Cómo? —preguntó ella con interés, inclinándose hacia él. Lo mismo que les sucedía a sus brazos le sucedía también a su columna, que se negaba a sostenerla derecha. —En lugar de esa media hora de empujar que dices que quieres, voy a detenerme a los veintinueve minutos. Ella soltó una risita.

— ¿No habías dicho que durarías dos segundos?

—Eso es la primera vez. La segunda prenderemos fuego a las sábanas.

Le correspondía a ella, pensó Bárbara, bajarse de las rodillas de Jeff. Su erección era como una barra de hierro que presionara contra su cadera, y el hecho de hablar de sexo no ayudaba precisamente. Si de verdad, de verdad no quería irse a la cama con él en aquel momento, debía levantarse.

Pero es que de verdad, de verdad, quería irse a la cama con él, y tan sólo una pequeña porción de su cerebro seguía siendo precavida. Sin embargo, aquella pequeña porción era muy insistente. Se aclaró la garganta.

* * * *

Bárbara estaba cansada, la lluvia iba arreciando por minutos, y no estaba de humor para que nadie le gritase.

Levantó la cabeza para mirar furiosa a Jeff, con el agua chorreando por la cara.

— ¡Tú mismo me dijiste que me comprase un identificador de llamadas y un teléfono móvil, así que si llego tarde ha sido idea tuya!

— ¿Has tardado tres jodidas horas en hacer lo que una persona normal hace en media hora?

¿Estaba diciéndole que ella no era normal? Muy enfadada, Bárbara apoyó ambas manos en el pecho desnudo de Jeff y lo empujó lo más fuerte que

pudo.

— ¿Desde cuándo tengo que darte explicaciones?

Él se tambaleó quizás un centímetro.

— ¡Hace cómo una semana! — contestó furioso, y la besó.

Su boca era dura y agresiva, y el corazón le latía igual que una taladradora. Como sucedía siempre que la besaba, fue como si el tiempo desapareciera y dejara tan sólo el aquí y el ahora. Bárbara se sintió llena del sabor de Jeff; notaba su piel desnuda caliente al tacto, a pesar de la lluvia que los empapaba a los dos. Jeff la aprisionó contra sí rodeándola con los brazos con una fuerza tal que ella no podía inhalar profundamente, y sintió contra su vientre el empuje de su erección.

Jeff estaba temblando, y de pronto Bárbara comprendió lo asustado que había estado por ella.

Era grande y de aspecto rudo; seguramente todos los días veía, sin inmutarse, cosas que harían a una persona corriente encogerse de horror. Pero aquella noche estaba asustado... asustado por ella. De repente experimentó un dolor en el pecho, como si le oprimieran el corazón. Le flaquearon las rodillas y se dejó caer hacia él, fundiéndose con él, alzándose de puntillas para responder a su beso con igual fuerza, igual pasión.

Jeff emitió un gemido profundo; el beso se transformó y la rabia se difuminó para ser sustituida por un violento apetito. Bárbara se había rendido totalmente, pero aquello no parecía bastarle a Jeff, porque le hundió una mano en el cabello y tiró de la cabeza hacia atrás para arquearle el cuello y dejar al descubierto la garganta, a merced de su boca.

La lluvia le mojaba el rostro, y Bárbara cerró los ojos, impotente bajo su agarre de acero, sin desear estar en ningún otro lugar. Tras las sacudidas emocionales de los días pasados, Bárbara necesitaba perderse en lo físico, expulsar todo el dolor y el miedo, y sentir sólo a Jeff, pensar sólo en él. Él le levantó los pies del suelo y empezó a caminar con ella, y ella no protestó excepto cuando dejó de besarla, no forcejeó excepto para acercarse más a él.

—Maldita sea, ¿quieres dejar de moverte? —gruñó Jeff con la voz tensa, situándola a un costado mientras subía los peldaños de su propia casa.

— ¿Por qué? —La voz de Bárbara sonó espesa, sensual.

No sabía que su garganta fuera capaz de algo así.

—Porque si no paras, voy a correrme sin habértela metido — medio gritó él profundamente frustrado.

Bárbara meditó sobre el problema de Jeff quizá por algunos segundos. Ya que la única manera de estar segura de no sobreexcitarlo era librarse de sus brazos y no tocarlo en absoluto, aquello significaba privarse a sí misma de algo.

—Pues sufre —le dijo.

— ¿Que sufra? —Sonó ofendido. Abrió de un manotazo la puerta principal y llevó a Bárbara adentro.

La sala de estar estaba a oscuras, la única luz se filtraba desde la cocina.

Jeff olía a sexo, a lluvia y a pelo mojado. Bárbara intentó recorrer aquellos anchos hombros con las manos y se vio estorbada por el bolso y las bolsas de las compras. Con gesto impaciente, dejó caer todo al suelo y acto seguido se pegó a Jeff igual que una lapa.

Maldiciendo, Jeff dio unos cuantos pasos tambaleantes y aplastó a Bárbara contra la pared. Buscó el pantalón de ella con manos impacientes y atacó el botón y la cremallera hasta que el botón salió volando y la cremallera cedió. El pantalón resbaló hasta el suelo y quedó arrugado a los pies.

Bárbara se quitó los zapatos y él la levantó para liberarla del montón de ropa. Inmediatamente enroscó las piernas alrededor de sus caderas, en un frenético intento de pegarse más a él, de fundir los cuerpos de ambos y aliviar aquella ardiente necesidad que la abrasaba por dentro.

— ¡Todavía no!

Jadeando, Jeff inclinó su peso contra ella para sujetarla contra la pared y despegó sus piernas de alrededor de las caderas. Con la caja torácica oprimida por el peso de Jeff, Bárbara sólo consiguió emitir el primer gemido de protesta antes de que él enganchara los dedos en la cinturilla de las bragas y tirase de ellas hacia abajo.

Oh. Bárbara intentó pensar por qué quería hacerlo esperar otras dos semanas, como mínimo, tal vez un ciclo menstrual entero. No se le ocurrió nada razonable. Allí mismo, en aquel momento, no había nada que fuera más

importante que tomar la medida a aquel hombre.

Apartó las bragas de una patada, Jeff la levantó una vez más, y ella volvió a enroscarse alrededor de él. Los nudillos de Jeff le rozaron las piernas cuando se desabrochó el pantalón vaquero y lo dejó caer al suelo. Bárbara contuvo la respiración cuando cayó la última barrera entre ambos y sintió aquel pene presionar contra ella, desnudo y en celo, buscando.

Sintió una oleada de placer que hizo poner alerta a sus terminaciones nerviosas. Se arqueó desesperada buscando más, necesitando más. Jeff lanzó un juramento en voz baja y levantó a Bárbara sólo un poco más para ajustar su posición.

Ella sintió cómo la cabeza del pene la tanteaba, suave, caliente y dura, y después una sensación de placer casi increíble que la inundó cuando Jeff cedió ligeramente y dejó que ella cayera por su peso sobre su grande y erecto pene.

Su cuerpo se resistió al principio y luego empezó a dilatarse y a aceptarlo, centímetro a centímetro. Sintió que todo dentro de ella empezaba a tensarse a medida que la invadía un mar de sensaciones... En aquel momento Jeff se detuvo, con la respiración agitada y el rostro hundido contra su cuello. Con la voz amortiguada, le dijo:

— ¿Has empezado a tomar la píldora?

Bárbara clavó las uñas en sus hombros desnudos, casi sollozando de necesidad. ¿Cómo podía detenerse en aquel preciso momento? Tenía dentro sólo la cabeza del pene, y no era suficiente, ni mucho menos. Sus músculos internos se contrajeron alrededor de él en un intento de absorberlo más profundamente, y un explosivo juramento salió de la garganta de Jeff.

—Maldita sea, Bárbara, ¿has empezado a tomar la píldora?

—Sí —logró decir ella por fin, en un tono casi tan áspero como el de él.

Jeff la aprisionó contra la pared y con un fuerte impulso la penetró del todo. Bárbara se oyó a sí misma gritar, pero lo percibió como un sonido distante. Todas las células de su cuerpo estaban concentradas en la gruesa verga que entraba y salía de ella, en su ritmo duro y rápido, y alcanzó el orgasmo de esa misma forma.

Sintió un cúmulo de sensaciones explotar en su interior y se arqueó contra

Jeff, gritando, sacudiendo las caderas y con todo el cuerpo estremecido. El resto del mundo desapareció por completo. Él se corrió un segundo más tarde, entrando en ella casi con fuerza brutal. Bárbara chocaba contra la pared a cada impulso, resbalando por su propio peso y obligando a Jeff a penetrar aún más profundo, tanto que se tensó convulsivamente y alcanzó un nuevo clímax.

Al terminar, Jeff se apoyó pesadamente contra ella, con la piel empapada de lluvia y sudor. Respiraba agitadamente y su pecho se hinchaba cada vez que tomaba aire. La casa estaba oscura y silenciosa excepto por el repiqueteo de la lluvia en el tejado y los jadeos de los sobrecargados pulmones de ambos. Bárbara sentía el frescor de la pared en la espalda, pero resultaba incómodamente dura. Intentó pensar en algo inteligente que decir, pero su mente se negaba a funcionar.

Aquello era demasiado serio, demasiado importante, para hacer bromitas ingeniosas. De modo que cerró los ojos y apoyó la mejilla en el hombro de Jeff mientras los latidos de su corazón iba calmándose gradualmente y la parte baja de su cuerpo se relajaba alrededor de la verga de él.

Jeff musitó algo ininteligible y sujetó a Bárbara con más fuerza, sosteniéndola con un brazo alrededor de la espalda y el otro debajo de las nalgas, al tiempo que se quitaba del todo los vaqueros y se dirigía con paso inseguro al dormitorio. Todavía estaba dentro de ella, con su cuerpo anclado al suyo, cuando se inclinó sobre la cama y se acomodó encima de Bárbara.

La habitación estaba fresca y oscura, la cama era ancha. Le quitó a Bárbara la blusa de seda y el sujetador y lanzó ambas prendas al suelo. Entonces quedaron ambos totalmente desnudos, el pecho de él rozando los pezones de ella mientras comenzaba a moverse de nuevo. Esta vez el ritmo fue más lento pero no menos potente, y a cada embestida se introducía hasta el fondo.

Para sorpresa de Bárbara, la fiebre volvió nuevamente. Creía estar demasiado exhausta para excitarse de nuevo, pero descubrió lo contrario. Se afianzó con las piernas al cuerpo de Jeff y movió la pelvis hacia arriba para ir al encuentro de cada arremetida, aferrándolo, atrayéndolo aún más hacia su interior, y cuando se corrió el sentimiento fue todavía más intenso que los anteriores. Jeff dejó escapar un sonido gutural y alcanzó el orgasmo mientras ella aún temblaba bajo su cuerpo.

* * * *

Los dos sabían ya que el destino había hecho de las suyas, los juntó de una manera poco común en comparación a las demás parejas felices, pero, así se aceptaron y estaban haciendo el intento por ser felices sin tener alguna cosa por la cual discutir, pero era imposible. Se querían así, se siguieron viendo, día tras día, aventura tras aventura. ¿Quién diría que aquel tipo desagradable que casualmente era policía sería el hombre perfecto de Bárbara que ya se había resignado a tener?

* * * *

Bárbara entró en la ducha, metió la cabeza debajo del agua y se puso a vociferar: “¡Ayuda, me estoy ahogando!”. Bueno, intentó vociferar, pero aún tenía la garganta inflamada y dolorida, y Jeff dijo que parecía más bien el grito de cortejo de una rana.

Retiró la cortina de la ducha y se quedó allí de pie, mirándola furioso mientras se salpicaba todo el suelo de agua.

— ¿Te estás riendo de mi complejo de héroe?

—Sí —contestó ella, y volvió a meter la cabeza bajo el agua para hacer una segunda imitación del ahogado.

Jeff cerró el grifo del agua con un giro de muñeca y le propinó un azote en las nalgas desnudas, lo bastante fuerte para arrancarle una exclamación de enfado, a continuación la envolvió con sus brazos y la sacó en volandas de la ducha.

—Vas a tener que pagar por esto —gruñó mientras se dirigía a la cama y la dejaba caer sobre ella.

Acto seguido empezó a quitarse la ropa mojada.

— ¿Ah, sí? —Empapada y desnuda, ella se estiró, arqueando la espalda—. ¿Y qué tienes pensado?

Alargó una mano para acariciar la pulsante erección de él, y a continuación se tumbó boca abajo y lo capturó.

Jeff se quedó muy quieto. Entonces, delicadamente, igual que un gato, lo lamió. Jeff se estremeció. Saboreó toda su longitud. Dejó escapar un gemido. Volvió a lamerlo y lo recorrió con la lengua por la cara inferior.

—Creo que sí, que efectivamente debo pagar —murmuró—. Y creo que el pago debe incluir el hecho de... tragar. —Se lo metió en la boca y unió la acción a las palabras.

* * * *

Jeff regresó el sábado por la tarde cansado y de mal humor, sin ganas de hablar de lo que había hecho. En vez de acosarlo a preguntas, Bárbara lo dejó que echara una cabezada en su enorme sillón mientras ella leía acurrucada en uno de los dos almohadones que quedaban del sofá. Estar con él así, sin haber quedado para salir ni nada, sólo estar y verlo dormir, le resultó como... perfecto.

NOTA DE LA AUTORA

Si has disfrutado del libro, por favor considera dejar una review del mismo (no tardas ni un minuto, lo sé yo). Eso ayuda muchísimo, no sólo a que más gente lo lea y disfrute de él, sino a que yo siga escribiendo.

A continuación te dejo un enlace para entrar en mi lista de correo si quieres enterarte de obras gratuitas o nuevas que salgan al mercado. Finalmente, te dejo también otras obras — mías o de otras personas — que creo serán de tu interés. Por si quieres seguir leyendo.

Nuevamente, gracias por disfrutar de mis obras. Eres lo mejor.

[Haz click aquí](#)

para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis

¿Quieres seguir leyendo?

Otras Obras:

[La Mujer Trofeo](#)

[Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario](#)
— Comedia Erótica y Humor —

[J * did@ - mente Erótica](#)

[BDSM : Belén , Dominación , Sumisión y Marcos el Millonario](#)
— Romance Oscuro y Erótica —

[La Celda de Cristal](#)

[Secuestrada y Salvada por el Mafioso Millonario Ruso](#)
— Romance Oscuro y Erótica —

“*Bonus Track*”

— Preview de [“La Mujer Trofeo”](#) —

Capítulo 1

Cuando era adolescente no me imaginé que mi vida sería así, eso por descontado.

Mi madre, que es una crack, me metió en la cabeza desde niña que tenía que ser independiente y hacer lo que yo quisiera. “*Estudia lo que quieras, aprende a valerte por ti misma y nunca mires atrás, Belén*”, me decía.

Mis abuelos, a los que no llegué a conocer hasta que eran muy viejitos, fueron siempre muy estrictos con ella. En estos casos, lo más normal es que la chavala salga por donde menos te lo esperas, así que siguiendo esa lógica mi madre apareció a los dieciocho con un bombo de padre desconocido y la echaron de casa.

Del bombo, por si no te lo imaginabas, salí yo. Y así, durante la mayor parte de mi vida seguí el consejo de mi madre para vivir igual que ella había vivido: libre, independiente... y pobre como una rata.

Aceleramos la película, nos saltamos unas cuantas escenas y aparezco en una tumbona blanca junto a una piscina más grande que la casa en la que me crié. Llevo puestas gafas de sol de Dolce & Gabana, un bikini exclusivo de Carolina Herrera y, a pesar de que no han sonado todavía las doce del mediodía, me estoy tomando el medio gin-tonic que me ha preparado el servicio.

Pese al ligero regusto amargo que me deja en la boca, cada sorbo me sabe a triunfo. Un triunfo que no he alcanzado gracias a mi trabajo (a ver cómo se hace una rica siendo psicóloga cuando el empleo mejor pagado que he tenido ha sido en el Mercadona), pero que no por ello es menos meritorio.

Sí, he pegado un braguetazo.

Sí, soy una esposa trofeo.

Y no, no me arrepiento de ello. Ni lo más mínimo.

Mi madre no está demasiado orgullosa de mí. Supongo que habría preferido que siguiera escaldándome las manos de lavaplatos en un restaurante, o las rodillas como fregona en una empresa de limpieza que hacía malabarismos con mi contrato para pagarme lo menos posible y tener la capacidad de echarme sin que pudiese decir esta boca es mía.

Si habéis escuchado lo primero que he dicho, sabréis por qué. Mi madre cree que una mujer no debería buscar un esposo (o esposa, que es muy moderna) que la mantenga. A

pesar de todo, mi infancia y adolescencia fueron estupendas, y ella se dejó los cuernos para que yo fuese a la universidad. “¿Por qué has tenido que optar por el camino fácil, Belén?”, me dijo desolada cuando le expliqué el arreglo.

Pues porque estaba hasta el moño, por eso. Hasta el moño de esforzarme y que no diera frutos, de pelearme con el mundo para encontrar el pequeño espacio en el que se me permitiera ser feliz. Hasta el moño de seguir convenciones sociales, buscar el amor, creer en el mérito del trabajo, ser una mujer diez y actuar siempre como si la siguiente generación de chicas jóvenes fuese a tenerme a mí como ejemplo.

Porque la vida está para vivirla, y si encuentras un atajo... Bueno, pues habrá que ver a dónde conduce, ¿no? Con todo, mi madre debería estar orgullosa de una cosa. Aunque el arreglo haya sido más bien decimonónico, he llegado hasta aquí de la manera más racional, práctica y moderna posible.

Estoy bebiendo un trago del gin-tonic cuando veo aparecer a Vanessa Schumacher al otro lado de la piscina. Los hielos tintinean cuando los dejo a la sombra de la tumbona. Viene con un vestido de noche largo y con los zapatos de tacón en la mano. Al menos se ha dado una ducha y el pelo largo y rubio le gotea sobre los hombros. Parece como si no se esperase encontrarme aquí.

Tímida, levanta la mirada y sonrío. Hace un gesto de saludo con la mano libre y yo la imito. No hemos hablado mucho, pero me cae bien, así que le indico que se acerque. Si se acaba de despertar, seguro que tiene hambre.

Vanessa cruza el espacio que nos separa franqueando la piscina. Deja los zapatos en el suelo antes de sentarse en la tumbona que le señalo. Está algo inquieta, pero siempre he sido cordial con ella, así que no tarda en obedecer y relajarse.

—¿Quieres desayunar algo? —pregunto mientras se sienta en la tumbona con un crujido.

—Vale —dice con un leve acento alemán. Tiene unos ojos grises muy bonitos que hacen que su rostro resplandezca. Es joven; debe de rondar los veintipocos y le ha sabido sacar todo el jugo a su tipazo germánico. La he visto posando en portadas de revistas de moda y corazón desde antes de que yo misma apareciera. De cerca, sorprende su aparente candidez. Cualquiera diría que es una mujer casada y curtida en este mundo de apariencias.

Le pido a una de las mujeres del servicio que le traiga el desayuno a Vanessa. Aparece con una bandeja de platos variados mientras Vanessa y yo hablamos del tiempo, de la playa y de la fiesta en la que estuvo anoche. Cuando le da el primer mordisco a una tostada con mantequilla light y mermelada de naranja amarga, aparece mi marido por la misma puerta de la que ha salido ella.

¿Veis? Os había dicho que, pese a lo anticuado del planteamiento, lo habíamos llevado a cabo con estilo y practicidad.

Javier ronda los treinta y cinco y lleva un año retirado, pero conserva la buena forma de un futbolista. Alto y fibroso, con la piel bronceada por las horas de entrenamiento al aire

libre, tiene unos pectorales bien formados y una tableta de chocolate con sus ocho onzas y todo.

Aunque tiene el pecho y el abdomen cubiertos por una ligera mata de vello, parece suave al tacto y no se extiende, como en otros hombres, por los hombros y la espalda. En este caso, mi maridito se ha encargado de decorárselos con tatuajes tribales y nombres de gente que le importa. Ninguno es el mío. Y digo que su vello debe de ser suave porque nunca se lo he tocado. A decir verdad, nuestro contacto se ha limitado a ponernos las alianzas, a darnos algún que otro casto beso y a tomarnos de la mano frente a las cámaras.

El resto se lo dejo a Vanessa y a las decenas de chicas que se debe de tirar aquí y allá. Nuestro acuerdo no precisaba ningún contacto más íntimo que ese, después de todo.

Así descrito suena de lo más atractivo, ¿verdad? Un macho alfa en todo su esplendor, de los que te ponen mirando a Cuenca antes de que se te pase por la cabeza que no te ha dado ni los buenos días. Eso es porque todavía no os he dicho cómo habla.

Pero esperad, que se nos acerca. Trae una sonrisa de suficiencia en los labios bajo la barba de varios días. Ni se ha puesto pantalones, el tío, pero supongo que ni Vanessa, ni el servicio, ni yo nos vamos a escandalizar por verle en calzoncillos.

Se aproxima a Vanessa, gruñe un saludo, le roba una tostada y le pega un mordisco. Y después de mirarnos a las dos, que hasta hace un segundo estábamos charlando tan ricamente, dice con la boca llena:

—Qué bien que seáis amigas, qué bien. El próximo día te llamo y nos hacemos un trío, ¿eh, Belén?

Le falta una sobada de paquete para ganar el premio a machote bocazas del año, pero parece que está demasiado ocupado echando mano del desayuno de Vanessa como para regalarnos un gesto tan español.

Vanessa sonrío con nerviosismo, como si no supiera qué decir. Yo le doy un trago al gin-tonic para ahorrarme una lindeza. No es que el comentario me escandalice (después de todo, he tenido mi ración de desenfreno sexual y los tríos no me disgustan precisamente), pero siempre me ha parecido curioso que haya hombres que crean que esa es la mejor manera de proponer uno.

Como conozco a Javier, sé que está bastante seguro de que el universo gira en torno a su pene y que tanto Vanessa como yo tenemos que usar toda nuestra voluntad para evitar arrojarnos sobre su cuerpo semidesnudo y adorar su miembro como el motivo y fin de nuestra existencia.

A veces no puedo evitar dejarle caer que no es así, pero no quiero ridiculizarle delante de su amante. Ya lo hace él solito.

—Qué cosas dices, Javier —responde ella, y le da un manotazo cuando trata de cogerle el vaso de zumo—. ¡Vale ya, que es mi desayuno!

—¿Por qué no pides tú algo de comer? —pregunto mirándole por encima de las gafas

de sol.

—Porque en la cocina no hay de lo que yo quiero —dice Javier.

Me guiña el ojo y se quita los calzoncillos sin ningún pudor. No tiene marca de bronceado; en el sótano tenemos una cama de rayos UVA a la que suele darle uso semanal. Nos deleita con una muestra rápida de su culo esculpido en piedra antes de saltar de cabeza a la piscina. Unas gotas me salpican en el tobillo y me obligan a encoger los pies.

Suspiro y me vuelvo hacia Vanessa. Ella aún le mira con cierta lujuria, pero niega con la cabeza con una sonrisa secreta. A veces me pregunto por qué, de entre todos los tíos a los que podría tirarse, ha elegido al idiota de Javier.

—Debería irme ya —dice dejando a un lado la bandeja—. Gracias por el desayuno, Belén.

—No hay de qué, mujer. Ya que eres una invitada y este zopenco no se porta como un verdadero anfitrión, algo tengo que hacer yo.

Vanessa se levanta y recoge sus zapatos.

—No seas mala. Tienes suerte de tenerle, ¿sabes?

Bufo una carcajada.

—Sí, no lo dudo.

—Lo digo en serio. Al menos le gustas. A veces me gustaría que Michel se sintiera atraído por mí.

No hay verdadera tristeza en su voz, sino quizá cierta curiosidad. Michel St. Dennis, jugador del Deportivo Chamartín y antiguo compañero de Javier, es su marido. Al igual que Javier y yo, Vanessa y Michel tienen un arreglo matrimonial muy moderno.

Vanessa, que es modelo profesional, cuenta con el apoyo económico y publicitario que necesita para continuar con su carrera. Michel, que está dentro del armario, necesitaba una fachada heterosexual que le permita seguir jugando en un equipo de Primera sin que los rumores le fastidien los contratos publicitarios ni los directivos del club se le echen encima.

Como dicen los ingleses: una situación *win-win*.

—Michel es un cielo —le respondo. Alguna vez hemos quedado los cuatro a cenar en algún restaurante para que nos saquen fotos juntos, y me cae bien—. Javier sólo me pretende porque sabe que no me interesa. Es así de narcisista. No se puede creer que no haya caído rendida a sus encantos.

Vanessa sonrío y se encoge de hombros.

—No es tan malo como crees. Además, es sincero.

—Mira, en eso te doy la razón. Es raro encontrar hombres así. —Doy un sorbo a mi cubata—. ¿Quieres que le diga a Pedro que te lleve a casa?

—No, gracias. Prefiero pedirme un taxi.

—Vale, pues hasta la próxima.

—Adiós, guapa.

Vanessa se va y me deja sola con mis gafas, mi bikini y mi gin-tonic. Y mi maridito, que está haciendo largos en la piscina en modo Michael Phelps mientras bufa y ruge como un dragón. No tengo muy claro de si se está pavoneando o sólo ejercitando, pero corta el agua con sus brazadas de nadador como si quisiera desbordarla.

A veces me pregunto si sería tan entusiasta en la cama, y me imagino debajo de él en medio de una follada vikinga. ¿Vanessa grita tan alto por darle emoción, o porque Javier es así de bueno?

Y en todo caso, ¿qué más me da? Esto es un arreglo moderno y práctico, y yo tengo una varita Hitachi que vale por cien machos ibéricos de medio pelo.

Una mujer con la cabeza bien amueblada no necesita mucho más que eso.

Javier

Disfruto de la atención de Belén durante unos largos. Después se levanta como si nada, recoge el gin-tonic y la revista insulsa que debe de haber estado leyendo y se larga.

Se larga.

Me detengo en mitad de la piscina y me paso la mano por la cara para enjuagarme el agua. Apenas puedo creer lo que veo. Estoy a cien, con el pulso como un tambor y los músculos hinchados por el ejercicio, y ella se va. ¡Se va!

A veces me pregunto si no me he casado con una lesbiana. O con una frígida. Pues anda que sería buena puntería. Yo, que he ganado todos los títulos que se puedan ganar en un club europeo (la Liga, la Copa, la Súper Copa, la Champions... Ya me entiendes) y que marqué el gol que nos dio la victoria en aquella final en Milán (bueno, en realidad fue de penalti y Jáuregui ya había marcado uno antes, pero ese fue el que nos aseguró que ganábamos).

La Mujer Trofeo

Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario

— Comedia Erótica y Humor —

Ah, y...

¿Has dejado ya una Review de este libro?

Gracias.

